

Interdependencias múltiples y asimetrías entre géneros en experiencias de movilidad cotidiana en el corredor sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires (Argentina)



Mariana Chaves

CONICET / Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad, Facultad de Trabajo Social y Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata / Centro de Investigaciones en Políticas Sociales Urbanas, Universidad Nacional de Tres de Febrero, Argentina

Ramiro Segura

CONICET/ Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín / Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad, Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Mariana Speroni

Facultad de Periodismo y Comunicación Social / Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad, Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Josefina Cingolani

CONICET / Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad, Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Recibido: 24 de junio de 2016. Aceptado: 29 de septiembre de 2016.

Resumen

En este artículo se explora la relación entre género y movilidad a partir del análisis de las experiencias de movilidad cotidiana de habitantes de seis tipos residenciales del Corredor Sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires (Argentina). El objetivo es caracterizar y analizar cómo suceden las interdependencias de movilidad -tanto intrafamiliares como con otros actores sociales- y poder explicar cuáles son las lógicas de articulación de esas interdependencias, las diferencias que emergen y las asimetrías que pudieran constituirse. Las experiencias de movilidad cotidiana en la metrópolis fueron relevadas por entrevistas, analizadas por categorías y por reescritura en relatos y circuitos que nos permitieron identificar regularidades y singularidades de las relaciones asimétricas entre géneros. El abordaje desde las movibilidades nos llevó a una mayor comprensión de la vigencia del clivaje de género como estructurante de desigualdades, pero que no solo tiene efectos en sí mismo en su carácter de productor de diferencias entre géneros, sino que la interseccionalidad con otros clivajes como el momento del

Palabras clave

*Interdependencia
Movilidad cotidiana
Género
Región Metropolitana de
Buenos Aires
Curso de vida*

curso de vida familiar y las posiciones laborales resultaron fundamentales para la interpretación, lo que nos llevó a discutir algunos puntos de las formas de conciliación de la vida familiar y laboral y el género.

Abstract

Multiple interdependencies and asymmetries between genders in daily mobility experiences in the southern corridor of the Metropolitan Region of Buenos Aires (Argentina). The article explores the relationship between gender and mobility through the analysis of the experiences of daily mobility of citizens of six residential types from the southern corridor of the Metropolitan Region of Buenos Aires (Argentina). The aim is to characterize and analyze the interdependencies for mobility -within families and with other social actors-, explain the logic of articulation of these interdependencies and the differences and asymmetries that might form. The experiences of daily mobility in the metropolis were obtained by interviews, analyzed by category and studied through the writing of stories and circuits. These procedures allowed us to identify regularities and singularities of asymmetric gender relations. The mobilities approach gave us a better understanding of the gender cleavage as an structuring inequalities. In addition, the intersections with the life-course and working positions were relevant to discuss some points of the ways of reconciling work, family life and gender.

Keywords

Interdependence
Everyday mobility
Gender
Metropolitan region of Buenos Aires
Life-course

Palavras-chave

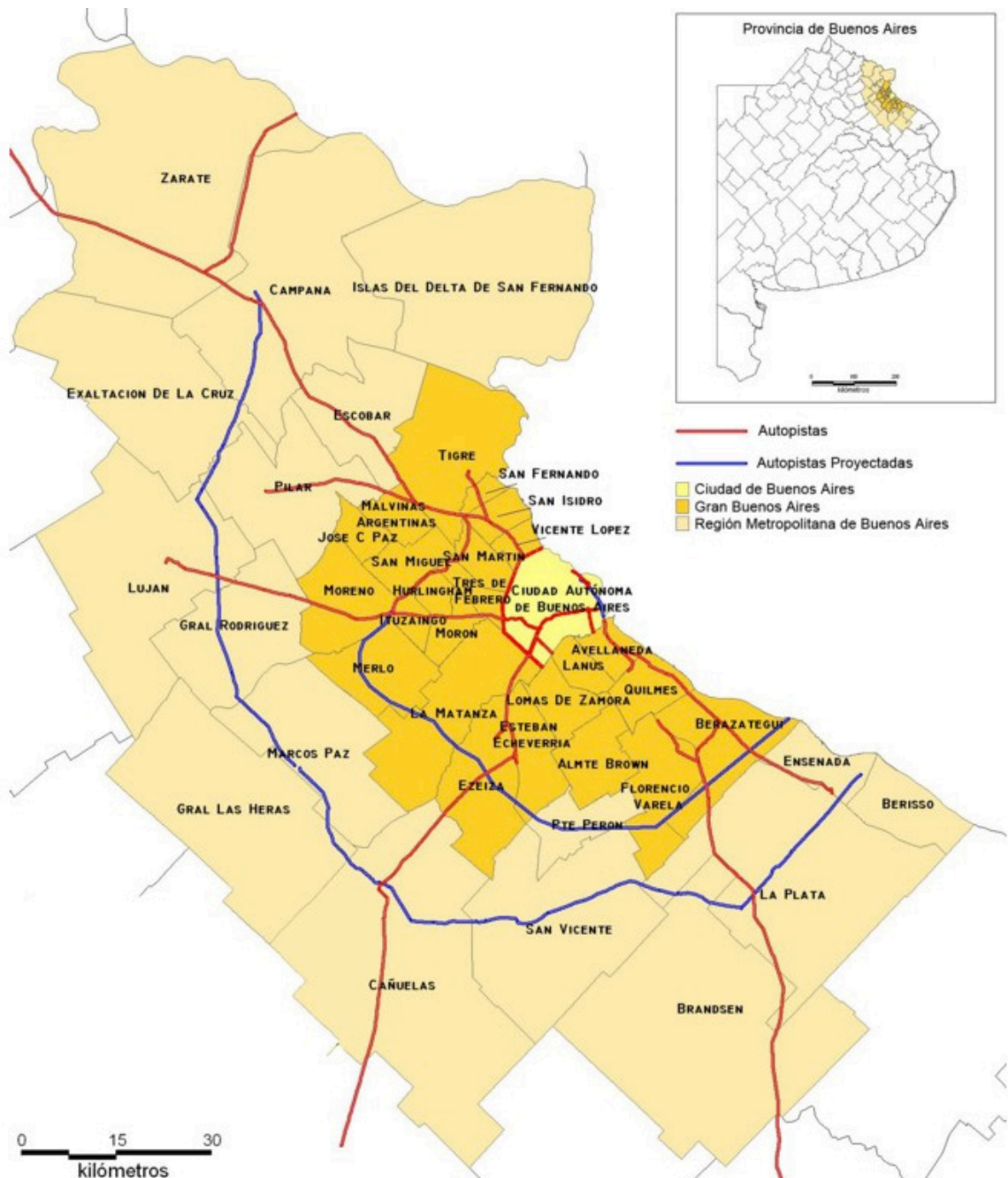
Interdependência
Mobilidade diária
Gênero
Região metropolitana de Buenos Aires
Longo da vida

Introducción

La Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA) constituye un espacio urbano en el que viven alrededor de 14 millones personas con heterogéneas y desiguales condiciones de vida, que incluye a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, con una población de 3.100.000 de habitantes, el Gran Buenos Aires (1ª y 2ª corona del conurbano), conformado por 25 partidos y una población que ronda los 9.000.000 de habitantes, y la 3ª corona, compuesta por 15 partidos y una población que ronda los 3.700.000 habitantes (Ciccolella, 2011: 130). Esas “coronas” o “cordones” del conurbano que rodean de manera concéntrica a la ciudad de Buenos Aires están atravesados, conectados y a veces organizados en torno a ejes viales (corredores) que pueden ser autopistas, grandes avenidas o vías de ferrocarril. Esta investigación se sitúa en lo que se conoce como corredor sur de la región metropolitana, abarcando los partidos de Avellaneda, Quilmes, Florencio Varela, Berazategui, La Plata, Berisso y Ensenada. Estos últimos tres partidos constituyen la Región Gran La Plata y son uno de los extremos del corredor, el otro es la Ciudad de Buenos Aires (Figura 1).

Los ejes analíticos que conducen este artículo son parte de un proyecto mayor¹ cuyo objetivo es analizar la experiencia metropolitana de residentes en el corredor sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA), a partir de la indagación de la espacialidad y la temporalidad de las prácticas y representaciones cotidianas, teniendo presentes las dimensiones de clase social, edad, territorio y género. Como parte de esa línea de trabajo hemos desarrollado indagaciones sobre las experiencias de movilidad cotidiana, y en ello se enmarcan los interrogantes sobre las interdependencias múltiples y las asimetrías de género que presentamos en este texto. En las localidades mencionadas hemos realizado trabajo de campo a partir de un muestreo teórico de tipos socio urbanos,² que nos permitiera captar la diversidad de situaciones económicas, sociales y espaciales identificadas en el corredor sur de la RMBA: barrio cerrado, barrio tradicional de clases altas, barrio de clase media en casco urbano consolidado, barrio industrial, barrio periurbano de clase media/baja y asentamiento o villa con miras a acceder

1. Proyecto en curso con financiamiento de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica PICT 2012-1370 “La experiencia metropolitana del corredor sur de la RMBA: dominios urbanos, espacialidad y temporalidad en actores sociales con posiciones desiguales”, dirigido por la Dra. Mariana Chaves en el Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Plata. Agradecemos a todo el equipo de trabajo por la labor realizada.
2. Los tipos socio-urbanos construidos no se equiparan de manera directa con “clases sociales”, aunque nos permiten aproximarnos a ellas. De esta manera, si seguimos los planteos de Benza (2016) que recupera el lugar de la división social de trabajo de los estudios clásicos para identificar a las clases sociales así como los hogares como unidad de análisis, los residentes entrevistados en los tipos socio-urbanos “barrio cerrado” y “barrio tradicional” ingresarían por sus ocupaciones en las clases altas (empresarios, ejecutivos) o medias altas (pequeños empresarios, profesionales), los residentes en el tipo “barrio de clase media en casco urbano consolidado” se corresponderían bastante con el extenso mundo de las clases medias (profesionales, técnicos y jefes intermedios, trabajadores administrativos y trabajadores de comercio) y los residentes en los tipos “barrio industrial” (asalariados calificados, trabajadores de oficios), “barrio periurbano” (cuentapropistas, asalariados no calificados) y “villa/asentamiento” (asalariados no calificados, trabajadores marginales, beneficiarios de planes) se corresponderían con los heterogéneos sectores populares.



a la pluralidad y la desigualdad de experiencias que coexisten en el espacio metropolitano. Entre los años 2015 y 2016 llevamos adelante en base a una guía probada previamente, cuarenta y ocho entrevistas³ a mayores de 18 años distribuidas en las localidades, los tipos sociourbanos y también tomando en cuenta una distribución sexo-genérica de cierta paridad. La entrevistas consistían fundamentalmente en solicitar relatos acerca de la vida cotidiana en la ciudad, registrando la narración de un día de la vida del/a entrevistado/a y de los demás integrantes del hogar (por ello se obtienen datos de un número mayor de personas que las entrevistadas, aumentando la variabilidad etaria, de género y de prácticas). Además se pedían detalles de los viajes y se preguntaba sobre otras interacciones en la ciudad, la percepción de problemas urbanos, los cambios deseados y la proyección a futuro de la vida en la localidad. Una vez desgrabadas las entrevistas, los textos resultantes fueron analizados por categorías (predefinidas y emergentes) con uso de Atlas ti y por reconstrucción de relatos de la

Figura 1. Fuente Mapa Gran Buenos Aires (2011). Fuente: Vecslir y Ciccollella (2012).

3. Se realizaron acuerdos de confidencialidad con los entrevistados por lo que todos los nombres han sido cambiados en el texto en pos de preservar su anonimato.

vida cotidiana. Realizamos además observaciones en las viviendas y barrios, registramos fotográficamente y levantamos información vinculada de fuentes secundarias.

Como decíamos en este texto nos focalizamos en la relación entre género⁴ y movilidad en las experiencias metropolitanas, proponiendo como objetivo caracterizar y comprender las interdependencias de movilidades -tanto intrafamiliares como con otros actores sociales- que hacen posible la reproducción de las unidades domésticas. Buscamos explicar cuáles son las lógicas de articulación de esas interdependencias, qué diferencias emergen en la distribución de papeles y prácticas ancladas en las posiciones de género y en las intersecciones con el momento del curso de la vida familiar (Elder, 1998; Elder et al. 2003; Hareven, 1995) y las posiciones laborales, y si -y cómo- se constituyen asimetrías en esas relaciones y distribuciones. En función de obtener datos en esa línea fueron analizadas para este artículo las entrevistas en profundidad, buscando las particularidades desde las interdependencias y el género. Fue así como hallamos ciertas regularidades y también singularidades de las que daremos cuenta. El abordaje desde las movilidades cotidianas nos llevó a develar cómo diferentes tipos de “viajes”, con su estructura, medios, intercambios, motivación y prácticas que conectan, podían ser a su vez la forma de presentar los resultados. Construidos a partir de las circulaciones de objetos y personas a través de distintos medios, de los nodos, los tiempos utilizados, los actores sociales que entran en relación, las prácticas realizadas y los sentidos de esas experiencias pretendemos acercarnos a una mayor comprensión de la vigencia del clivaje de género como estructurante de desigualdades. Pero que no solo puede funcionar en sí mismo en su carácter de productor de diferencias sino que está en relación directa (intersección) con otros clivajes como el momento del curso de vida familiar y las posiciones laborales, lo que nos llevó finalmente a dialogar sobre la conciliación de la vida familiar y laboral y el género.

En un ensayo denominado “Modos de narrar” (2014) Ricardo Piglia sugirió que si pudiésemos tener a nuestra disposición todas las historias que circulan durante un día en una ciudad, tendríamos acceso a una percepción muy clara de la vida cotidiana de ese lugar, debido a que en un relato o narración es más relevante la experiencia narrada que la información transmitida. En efecto, los relatos son una poderosa herramienta para la comprensión de la experiencia urbana. Su relevancia en los estudios urbanos fue destacada especialmente por Michel de Certeau (2000), quien argumentó que los relatos están estructurados como un viaje y, por lo tanto, permiten aprehender las prácticas de espacio: “cada día, atraviesan y organizan lugares; los seleccionan y los reúnen al mismo tiempo; hacen con ellos frases e itinerarios. Son recorridos de espacios” (2000:127-128).

Partiendo de estos “relatos de espacio” (y también de tiempo) indagamos en el género en la experiencia de la ciudad. Las relaciones de género constituyen una *dimensión transversal* de la experiencia social, en tanto el género es un “elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos” (Scott, 1985:61). Estas diferencias históricamente producidas por medio de un conjunto de símbolos socialmente disponibles, conceptos normativos para interpretar esos símbolos, organizaciones sociales (no solo la familia, sino también el mercado de trabajo, la educación y la política, entre otras) e identidades en el marco de relaciones de poder “estructuran concreta y simbólicamente la percepción y la organización de toda la vida social” (Scott, 1985:65). Así, en cada espacio y a cada momento de la vida se ponen en juego, es decir, en riesgo, las definiciones más o menos sedimentadas que distribuyen -generalmente de manera desigual-, atributos, roles, actividades, espacios y tiempos.

En este sentido, en los estudios culturales urbanos se suele recurrir a la poderosa (y tradicional) dicotomía que contrapone la casa y la calle (Da Matta, 1997) para pensar las relaciones de género en la ciudad, estableciendo las series antagónicas casa-privado-femenino y calle-público-masculino. Se trata de una oposición clásica

4. Entendemos género como un proceso de construcción cultural de la diferencia sexual, y con ello nos sumamos a la búsqueda de explicaciones de la acción humana como un producto construido con base en un sentido subjetivo (Lamas, 2000) y cuyo abordaje “es algo desafiante y potencialmente muy fructífero (por) la visión que ofrece de lo que sucede al interior de los sistemas sociales y culturales” (Conway, Bourque y Scott, 2013:32).

del pensamiento occidental, que subyace a los sentidos inversos que habitualmente reciben las expresiones “hombre de la calle” (en tanto ciudadano) y “mujer de la calle” (señalada como prostituta) (Delgado, 2007), y que supone que el espacio público de la ciudad (accesible y abierto) es peligroso física y moralmente para una “mujer sola”. Sin embargo, a pesar de estos sentidos sedimentados que reaparecen constantemente en la vida social, la experiencia cotidiana de las mujeres no se circunscribe necesariamente al ámbito de la casa, ni el de los varones al ámbito de la calle. En efecto, el análisis de las prácticas de movilidad cotidiana de varones y mujeres del sur del conurbano nos coloca ante un escenario más complejo, que nos lleva a desestabilizar tanto la contraposición dicotómica entre casa y calle así como la asociación lineal entre movilidad y libertad.

Las movilidades han cobrado un creciente interés en múltiples campos de las ciencias sociales y humanas (Sheller y Urry, 2006; Urry, 2007; Cresswell, 2010; Cresswell y Merri-man, 2011; entre muchos otros). En el subcampo específico de los estudios urbanos, la pregunta por la movilidad cotidiana permitió repensar los modos, tradicionalmente fijos y estáticos, de imaginar, representar y comprender la vida urbana, especialmente en lo que respecta a fenómenos como la desigualdad, la segregación y la fragmentación socio-espaciales (Jirón, Lange y Bertrand, 2010; Gutiérrez y Kralich, 2011; Gutiérrez, 2012; Jirón y Mansilla, 2013, 2014). En este sentido, entendemos que la movilidad cotidiana urbana constituye una práctica social de desplazamiento diario a través del tiempo y del espacio urbano que permite el acceso a actividades, personas y lugares (Jirón, Lange y Bertrand, 2010:24). Movilidad, entonces, no se reduce a movimiento (trayecto que conecta dos puntos) sino que remite a una práctica social que involucra dimensiones espacio-temporales, corporales, interaccionales, simbólicas y afectivas, desigualmente vividas en relación con la clase, el género, la edad y la etnia, entre otras dimensiones de la desigualdad y la diferencia (Segura, 2014).

Un hallazgo a destacar de esta investigación es la relevancia de un elemento que ya de por sí es un conjunto de interdependencias: el curso de vida. Las diferencias en las cargas (tiempo, esfuerzo, trabajo) de las interdependencias según los diferentes momentos del curso de vida son factores generativos de otras desigualdades. Como veremos, quién se hace cargo del trabajo doméstico, de las compras, el mantenimiento de la vivienda, la movilidad de los hijos, el cuidado, los trámites, etc. La perspectiva del curso de vida, nos resume Hutchison (2010), reconoce la importancia del momento de la vida y de los procesos de envejecimiento, del contexto histórico y los espacios donde experimentan sus vidas, de la capacidad de agencia de los sujetos, las trayectorias y transiciones y hace hincapié en las formas en que los seres humanos son interdependientes (linkedlives) prestando especial atención a la familia como escenario para experimentar e interpretar el mundo social más amplio (red de relaciones compartidas) (Elder y otros, 2003). La familia es un espacio generalmente interretario, donde conviven experiencias de personas ubicadas en distintos momentos del curso de vida. Las edades individuales, entendidas tanto en términos biológicos como sociales, cobran importancia en las relaciones de interdependencia que deben asumirse por la dependencia o autonomía de unos con otros. Pero además de la posición individual, la familia en su conjunto atraviesa etapas de curso de vida, donde intervienen las prácticas y redes de cuidado, que entre otros elementos puede definirse según prime el momento de primera infancia de algunos de sus miembros, o estén ya en la escolaridad primaria, o hayan ingresado en autonomías de movilidad mayores en etapas de juventud, o se atraviesen diferentes organizaciones del trabajo al interior/exterior de la casa, o las personas ya mayores vean disminuida su autonomía de movilidad y/o se retiren del mercado laboral.

En los relatos de vida cotidiana en la ciudad las prácticas de movilidad urbana se revelan como un espacio-tiempo de la vida de las personas atravesado por

condicionamientos y requerimientos diversos. Contra la imagen prototípica de la modernidad que recorta al individuo aislado y móvil (Sennett, 1997), la movilidad cotidiana en el espacio metropolitano es producto de redes de relaciones interdependientes (Elías, 2008). En términos generales, la movilidad de una persona se torna comprensible en la medida que depende de (y/o de ella dependen) otras personas, actividades y medios/objetos. Por esta razón, en este artículo la movilidad cotidiana constituye el “lugar metodológico” para conocer diversas y desiguales experiencias urbanas en relación con el género, entre cuyos antecedentes se encuentran los trabajos de Gutiérrez (2009) sobre los viajes (y los obstáculos) para acceder a la salud pública desde la periferia de Buenos Aires y de Jirón (2009) sobre los modos diferenciales de experimentar Santiago de Chile por parte de las mujeres de sectores populares de la periferia. La indagación se realiza en un doble sentido. Por un lado, se trata de explorar el lugar que las relaciones de género tienen en el modo en que se organizan las (in)movilidades cotidianas. Por el otro, se trata de pensar el peso del género en los modos diferenciales de experimentar la (in)movilidad cotidiana en el espacio urbano. El texto se organiza en cuatro partes: esta primera introducción; en segundo lugar la presentación de relatos de tres modos de movilidad cotidiana con dos casos para cada uno; en tercer lugar una discusión sobre asimetrías de género vislumbradas a través de la movilidad y que toman forma en la división del trabajo doméstico⁵ por género; y finalmente un cierre donde retomamos la cuestión de las interdependencias en sus múltiples formas: vehículos, redes sociales, curso de vida, y nuevamente, género.

Movilidades cotidianas

Más allá de las especificidades de los casos relevados, a nivel general identificamos hasta el momento tres tipos de movilidades cotidianas en la región en estudio. Ellas resultan de las cambiantes ecuaciones que se realizan entre trabajo, familia, casa y vida social, y es posible a su vez diferenciar según el ritmo y etapa del curso de vida familiar en que se encuentren. En este aspecto las relaciones de género en términos de división del trabajo (doméstico y no doméstico) –y de (in)movilidades– ocupan un lugar preponderante. Con las figuras que denominamos “encierro en movimiento”, “movilidad lineal” y “trabajo en movimiento” buscamos delinear modos típicos de recorrer y experimentar la ciudad, producto de interdependencias complejas de las diversas esferas y agentes de la vida social. Vale señalar, además, que estos modos de moverse en la ciudad pueden coexistir en una misma unidad residencial, articulándose entre sí de manera interdependiente.

Encierro en movimiento: la movilidad de(s)de el espacio doméstico

La casa como burbuja: criando hijos pequeños

Graciela tiene 34 años y vive en un barrio industrial de Ensenada junto con Juanjo, su marido, de 35 años, y sus tres hijos: Luciano de 16, Mauro de 5 y Santiago de 2 años. Ambos integrantes de la pareja son oriundos de la localidad platense de Los Hornos, ubicada a 18 km de Ensenada, donde tienen a sus familiares y amigos. Juanjo trabaja en un comercio en La Plata a 11 km de su casa. Graciela describiendo un día habitual de su marido nos dice:

Se levanta a las nueve y entra diez y media a trabajar. Toma la leche, se cambia, va a tomar el colectivo, a veces pobre, tiene que ir hasta el camino [a 1,5 Km de su casa] a tomar el micro porque el micro no le para, y como viene de Punta Lara y él toma para ir a La Plata, no le para porque viene lleno, así que tiene que ir hasta el camino (...). Está todo el día allá, almuerzo allá, sale seis y media, y acá llega con suerte siete y media, ocho menos cuarto, depende como le agarre la locura del colectivo.

5. Trabajo doméstico no remunerado: todas las actividades no remuneradas realizadas para prestar servicios para uso final propio en el hogar. Para el presente estudio, el trabajo doméstico comprende los quehaceres domésticos (limpieza de casa, aseo y arreglo de ropa; preparación y cocción de alimentos, compras para el hogar; reparación y mantenimiento de bienes de uso doméstico) y las actividades de cuidado de niños, enfermos o adultos mayores miembros del hogar. Asimismo, incluye las actividades dedicadas al apoyo escolar y/o de aprendizaje a miembros del hogar (INDEC, 2014. Encuesta sobre trabajo no remunerado y uso del tiempo).

Tienen un auto, pero Juanjo no lo usa para ir a trabajar porque “le representa un montón de plata” y además el auto lo usa ella para llevar los chicos al jardín. La vida cotidiana de Graciela está completamente vinculada con las tareas domésticas y la crianza de sus tres hijos. Generalmente se levanta alrededor de las 10 de la mañana, ya que reconoce que si se levantara antes limpiaría desde más temprano. “Me paso todo el día limpiando y acomodando lo que van dejando los chicos. Aparte me acuesto a las 2 o 3 de la mañana, porque no se duermen”. Durante la entrevista Graciela reconstruyó detalladamente su día anterior donde podía marcar cronológicamente las acciones. Su relato se llena de verbos de ir, venir, hacer, dejar, llevar, traer, dar de comer, vestir, limpiar, comprar, relajar un poquito en la compu o con el marido, dormir y volver a empezar. Todo está cronometrado y coordinado y cada alteración de la programación diaria, como puede ser que no haya clases o que uno de los chicos se enferme, necesita ser solucionado por ella. La esfera doméstica está bajo su organización y acción. Como ya contamos, Juanjo se va temprano y vuelve a la tarde, cuando se suma a veces a la tarea de compras y al cuidado de los chicos. Estuvo 9 horas fuera de casa, y dentro del trabajo la mayor parte. Ella en cambio estuvo 9 horas a cargo de los hijos, aunque la mitad de ese horario dos de ellos están en la escuela o el jardín, ese tiempo es el que ella tiene para el trabajo de mantenimiento de la casa y las tareas ligadas a la reproducción de la unidad doméstica como trámites y aprovisionamiento. No está todas las horas dentro de la casa, pero sí la mayor parte. De esta manera, a diferencia de la movilidad lineal de su marido del tipo casa-trabajo-casa, la vida cotidiana de Graciela supone una multiplicidad de desplazamientos y prácticas vinculadas con la reproducción del hogar y la crianza de los niños: limpiar la casa, cocinar, realizar compras, llevar al hijo al jardín, entre otras actividades.

Los distintos momentos en el curso de vida de cada uno de sus hijos se traducen en grados diferentes de autonomía y, por lo mismo, suponen para Graciela tareas diferenciales. Las trayectorias individuales se articulan dentro del grupo familiar formando parte de una red de interdependencias en las cuales alguna o algunas de las personas resultan con un volumen mayor de tareas de cuidado sobre otras. Su hijo mayor (16 años) se levanta a las seis de la mañana, seis y media lo pasa a buscar el padre de Graciela, lo lleva a la escuela, de la que sale a las 15:15 horas. Los viernes regresa a las seis de la tarde porque espera a la novia y los martes y jueves hace hip hop en Ensenada, por lo que regresa después de las 19 horas. Los fines de semana se va a lo del hermano y los padres de Graciela, en Los Hornos, quienes funcionan como parte de la red con la que cuentan para los cuidados de sus hijos. El hijo del medio, Mauro (5 años), divide sus días entre los que va al jardín y los que no, debido a los paros de docentes y/o auxiliares como a problemas de salud. Si bien el jardín queda cerca, lo lleva en auto: “Tuve que aprender a manejar, no porque me guste, sino por una cuestión de comodidad, y porque es casi imposible llevarlo caminando, o en colectivo, o en bicicleta al jardín”. El transporte público en horarios pico se hace muy difícil de utilizar para personas con niños pequeños. Y por último, Santiago, de dos años, que “se despierta a las diez conmigo, yo me levanto, él se levanta” nos dice y cuyas principales actividades son “mira pelis o dibujitos. Pero básicamente su día es hacer quilombo, inundar el baño, o tirar la sal adentro de la piletta, o llenar de azúcar toda la casa, meter cosas adentro de la estufa”, relata Graciela. Ellos están todo el día juntos.

A Graciela el barrio en que viven le parece “muy tranquilo” y reconoce que “siento que estamos en una burbuja. Vos estás acá y es una cosa, salís y te encontrás con el mundo”. Ese mundo -y específicamente el entorno próximo, caracterizado por la presencia de diversos barrios industriales y conjuntos de vivienda social- le resulta amenazante y peligroso: “pasás con el auto y te miran feo”, relata, y reconoce que cuando “mi hijo [el mayor] sale del barrio, yo tiemblo”. La contrapartida de la tranquilidad del barrio es la soledad. Su papel de trabajo en la esfera doméstica y la ubicación (muy aislada) de su vivienda en el barrio colaboran, junto con el diagnóstico negativo de Graciela respecto

de la gente de barrios aledaños, en su soledad. “Yo estoy acá todo el día con los chicos. Yo voy al jardín y no me pongo a hablar con las mamás del jardín, voy al jardín, dejo al nene y me voy”. En la misma dirección, y a pesar de moverse constantemente, Graciela señala que durante la semana se le dificulta salir con los dos hijos más chicos, que está “todo el día sola” y esa soledad se trata de estar sola a cargo del cuidado de los miembros más pequeños de la familia. Los fines de semana cambia la dinámica familiar. Juanjo trabaja hasta el mediodía y luego salen, puede ser de paseo al río, casa de sus padres, de amigos, una plaza, el hipermercado o algún lado. Pero salir y ver gente para equilibrar el aburrimiento y la sensación de encierro que le da la semana.

Encierro en movimiento es un oxímoron que busca condensar la experiencia cotidiana de personas, generalmente mujeres, como Graciela –pero también veremos luego el caso de Ernesto- donde una disposición “tradicional” de los roles de género producto de acuerdos, interdependencias y asimetrías al interior de la unidad doméstica distribuye desigualmente tareas y actividades así como organiza andares diferenciales por la ciudad. En esta misma dirección podemos sumar los relatos de movilidad cotidiana de mujeres que residen en una “villa miseria” de la ciudad de Quilmes -muy cercana a la autopista La Plata-Buenos Aires-, ya que muestran una dinámica similar. Mientras los maridos de Norma, Fabiana y Mónica trabajan en el rubro de la construcción en el centro de la ciudad de Buenos Aires, movilizándose cotidianamente en transporte público desde la casa al trabajo y viceversa, saliendo a las seis de la mañana y volviendo a las siete de la tarde, ellas sostienen que están “en casa” y que temen salir a un entorno definido como peligroso. Norma (30 años, ama de casa) vive en la villa desde que nació, junto a su marido y sus cuatro hijos en edad escolar. Un día habitual para ella comienza a las 8 de la mañana, cuando se levanta y limpia la vivienda. Al mediodía lleva a los nenes al jardín y a la escuela y vuelve a su casa. Al finalizar el horario de escuela busca a los niños, y dos días a la semana va ella a estudiar, ya que está terminando el secundario en una sede del programa Fines que funciona en una Iglesia de un barrio cercano. Todos estos viajes son a lugares cercanos y los realiza a pie. De una manera similar Fabiana (26 años, ama de casa) se levanta temprano, prepara a sus dos hijas para mandarlas al apoyo escolar enfrente a su casa, van entre las 9.30 horas hasta las 11.30 horas y en ese tiempo ella se dedica a limpiar la casa. Cuando vuelven prepara a sus hijas para ir a la escuela que queda a cinco cuadras, las acompaña a pie. “Mi día -sintetiza Fabiana- es como más constantemente estar en mi casa, no es que salgo; mi fin de semana es ir a la casa de mi suegra que vive acá a dos cuadras” relata, volviendo a referenciarse como en el caso de Graciela la familia extensa como un punto de la red social en la que se mueven. Por último, Mónica (34 años, ama de casa) esporádicamente realiza trabajos de limpieza en casas de barrios cercanos. Sus trayectorias suelen ser a pie. En pocas ocasiones, “cuando voy a pagar mis cuentas”, usa el tren o el colectivo. Ella describe sus días y los de sus hijos como “más que nada estar adentro”, y hace hincapié en que eso se debe mucho a la inseguridad del barrio.

Con la sumatoria de estos relatos queremos resaltar que las tareas de reproducción del hogar no suponen la circunscripción al espacio de “la casa”, y que la experiencia significada como “encierro” no supone necesariamente fijismo e inmovilidad, sino que además de ciertas inmovilidades incluye una movilidad cotidiana de trayectos cortos, y sobre todo definidos por el cuidado de otros. En todos los casos de los hijos. Y con ello identificamos nuevamente la importancia del momento del curso de vida familiar, y las relaciones de interdependencia entre los cursos de vida individuales, que sumado al enfoque de género nos habilita ver en estos casos -y como veníamos diciendo- una división del trabajo en estas familias donde las mujeres están centradas en la esfera doméstica, que incluye trabajo y crianza, y los hombres en la esfera laboral externa. Las movilidades para otros, si se nos permite esta tipología, se trata fundamentalmente de llevar los chicos a la escuela, realizar las compras para cocinar diariamente y alguna otra compra como vestimenta y realizar los trámites involucrados en el mantenimiento de la vivienda y de los hijos (salud, educación y/o documentación).

Se trata, además, de una experiencia transversal a los residentes de los distintos tipos socio-urbanos, aunque con modulaciones específicas legibles en la escala de movimientos (como muestran los casos de mujeres de barrios cerrados que son amas de casa y tienen hijos en edades escolares). De esta manera, como señaló Teresa del Valle (2000), resulta conveniente no solapar ni confundir las dicotomías interior-exterior y privado-público, ya que no existe necesaria correspondencia entre ambos órdenes: muchas veces, la mujer sale de la casa y sus roles en el exterior reafirman su pertenencia al espacio interior. Y es precisamente esta experiencia la que se significa como “encierro” (Segura, 2015). “Mi vida gira en torno a mis hijos –reconoce Graciela-, por más de que proteste, de que patalee, que te diga que no puedo salir, que no puedo hacer esto. Un poco yo delegué, dejé de lado todas mis cosas por ellos”. Veamos a continuación el caso de un varón como experiencia de “encierro en movimiento” que implican otro tipo de recorridos y momento del curso de vida.

El chofer familiar: criando hijos jóvenes

Ernesto tiene 63 años y es jubilado. Vive en un barrio tradicional⁶ de clases medias-altas de la ciudad de La Plata hace treinta años aproximadamente. Vive en una casa de dos plantas, grande, es propietario, junto a su esposa Celia que tiene 59 años y sus hijos Milagros de 23, Manuel de 25 y Valeria de 27. Tienen dos hijos más pero se autonomizaron recientemente. Todos son solteros. Los dos menores que están en la casa son estudiantes universitarios y la más grande ya se recibió de abogada. Ernesto aclara que Valeria ahora vive intermitentemente en la casa de la familia porque es deportista profesional, hace navegación, igual que él (aunque él no llegó a ese nivel), por eso varias veces en la semana se instala en Buenos Aires donde entrena. Allá permanece en la casa de su novio que también se dedica a la navegación. Toda la familia de Ernesto se dedica a la navegación, desde que sus hijos eran pequeños que tienen sus propios veleros y comenzaron a aprender el deporte. El único que no practica es Joaquín, el hijo del medio.

Celia, la esposa de Ernesto, es escribana y es titular de su propia escribanía, tiene las oficinas al lado de la casa familiar. Algunos días a la semana por la mañana también trabajan ahí sus hijos Joaquín y Milagros. Es además docente en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de La Plata. Celia se levanta todos los días a las siete de la mañana. La escribanía abre al público a las diez de la mañana y cierra a las dos de la tarde, sin embargo Celia pasa todo el día allí, yendo y viniendo de la casa a la escribanía y viceversa. Su hijo Joaquín afirma “la casa es la escribanía, ¿me entendes?”, marcando una indiferenciación del lugar de trabajo de su madre, entre el local de la casa o la oficina. O quizás dando cuenta de cómo Celia logró conciliar la esfera doméstica y la esfera laboral eliminando la movilidad urbana entre una y otra. Las noches de Celia son bastante hogareñas, a menos que vayan a cenar afuera con su esposo o con otros matrimonios amigos del barrio. Cuando sale del estudio para realizar trámites vinculados al oficio en general la lleva su esposo porque no le “gusta usar mucho el auto, porque no se puede estacionar nunca y la estresa mucho”.

Como dijimos, Ernesto es jubilado pero trabaja en la escribanía de su esposa. Se levanta todo los días alrededor de las ocho y media de la mañana y va al gimnasio enfrente de su casa. También todos los días juega al tenis en el Hipódromo. Su trabajo consiste en hacer los trámites del estudio, que son muchos y continuos. Esto le implica moverse todo el día en el auto, está a cargo de los viajes pero no solo por trabajo, es además el que está a cargo de sostener la movilidad de sus hijos (ir a la facultad y otras actividades) y de su esposa siendo su chofer, y además es el responsable de la reproducción cotidiana de la vida doméstica, su mantenimiento, compras y el manejo del personal que trabaja en ella. Es quien está a cargo de “estar dentro del hogar”, en compatibilidad con sus innumerables movi- lidades cotidianas. Sus recorridos diarios, entrar y salir,

6. Con barrio tradicional nos referimos a un tipo sociourbano que se ubica dentro de la matriz urbana de la localidad, puede ser en zona céntrica o lateral, pero no en formato barrio cerrado o country. En general son zonas antiguas en la localidad, con viviendas que son propiedad de familias “de apellido” en la zona, suelen dedicarse a actividades profesionales (abogacía, medicina, ingeniería, contable), empleados gerenciales en corporaciones o grandes empresas, altos funcionarios públicos o dueños de pequeñas empresas o grandes comercios. Posee infraestructura urbana completa, acceso a todos los servicios y la trama barrial está consolidada a nivel constructivo. Las viviendas suelen ocupar un gran terreno o dos o tres lotes, y el precio del suelo es alto en relación a los valores de la localidad.

llevar y traer, son significados, muchos de ellos como “vinculado al hogar, tareas del hogar”. Todos los días almuerza al mediodía con el encargado de mantenimiento de la casa. En general almuerzan solos, porque Celia está trabajando y los hijos en distintas actividades. Las comidas las prepara “la señora que trabaja en la casa”, y el día que no va lo hacen Celia o Milagros confirmando una distribución del trabajo de elaboración de alimentos en lo femenino. Los fines de semana Ernesto y Celia también se levantan temprano y van al Club Regatas (ubicado en una localidad vecina sobre el río) donde la familia tiene una embarcación hace muchos años. Pasan el día allí. A veces van al cine o a visitar amigos.

En la vivienda hay cuatro vehículos (tres autos y una camioneta). El que utiliza en mayor medida los autos y la camioneta es Ernesto. Lleva y trae al resto de los miembros de la familia que no usan los vehículos porque reconocen problemas a la hora de conseguir estacionamiento o porque los estresa. Cuando le preguntamos a Martín si su padre trabaja, él dijo que

sí, pero igual... todos los viajes... o sea, el tachero de casa es mi viejo así que... por lo general, él no sé... va a hacer un montón de trámites y entre medio, viste, o la lleva a mi hermana, o me lleva a mí, o la lleva a mi vieja. Como que él siempre está haciendo de todo.

Él usa uno de los autos para ir a cursar, a las canchas de fútbol en donde ve jugar con sus amigos o salir los sábados a la noche. Aunque dice que también camina mucho. Milagros no usa demasiado los autos familiares, en general su padre la lleva a cursar o a otras actividades que tiene en el día.

Como mostramos en las historias de las familias de Norma, Fabiana o Mónica, las tareas domésticas no se circunscriben necesariamente al espacio de “la casa”. En el caso de la familia de Ernesto, con la posición laboral fuerte en el lado femenino e hijos en edades juveniles de estudios universitarios o ya finalizados, pero sin trabajar diariamente (modelo juvenil de moratoria social) la interdependencia de los cursos de vida se concentran en el aseguramiento de las movilidades cotidianas para la efectivización de las tareas: trabajo para Celia, estudio y ocio para Manuel y Milagros. Ernesto está a disposición de los otros, él y el auto son los medios necesarios para que esa unidad doméstica funcione en acuerdo a las trayectorias que cada uno está construyendo. No es la autonomía vehicular sino la interdependencia con Ernesto como chofer, lo que el punto de vista de la movilidad permite señalar. Y como ya dijimos, además de ser el garante y articulador de estas movilidades, es el que sostiene con su presencia y con su trabajo doméstico la tarea de reproducción del hogar, que se constituye tanto dentro como fuera de la casa.

A Ernesto, como a Graciela, lo ubicamos dentro del oximorón “encierro en movimiento” y como afirmamos para el primer caso esto no supone inmovilidad ni fijismo. Ernesto pasa gran parte de su día encerrado, sin embargo se mueve encerrado. Dentro del vehículo que escoja, se encarga de conectar el adentro y el afuera de cada uno de los miembros de su familia. Es el articulador de esas movilidades pero también el que posibilita la realización de la vida de esas personas al interior del hogar. Y también como Graciela, las interdependencias están realizadas en torno a posiciones laborales (estudiar como posición no laboral) y los momentos de los cursos de vida individuales tomando ellos dos las posiciones de sostén, de la posibilidad de las trayectorias de los hijos, y también de los maridos y/o esposas. Los avances en las trayectorias de vida, como posibles transiciones a la autonomía de movilidad en el caso de los hijos chicos de Graciela, o de autonomía de vivienda en el caso de los hijos grandes de Ernesto, habilitará en ellos otras posiciones en las familias, y probablemente un nuevo arreglo de interdependencias con quienes queden conviviendo o en dependencia de movilidad.

Movilidades lineales: de casa al trabajo y del trabajo a casa

Una casa, dos autos y tres cohortes en el club de campo

Evaristo es un abogado de 70 años que vive junto a su mujer María Luisa, que es licenciada en ciencias de la educación de 68 años, su hija menor Macarena de 33 años, que es cocinera profesional y su nieta Agustina de 2 en un exclusivo Club de Campo en City Bell. La pareja tiene, además, otros dos hijos mayores de 42 y 40 años, que viven en La Plata. Ellos se mudaron 11 años atrás desde una zona céntrica de La Plata a este emprendimiento. Tienen dos automóviles, uno que utiliza Evaristo y el otro su mujer, que a veces comparte con su hija. Evaristo reconoce que el auto es fundamental, ya que las distancias son largas y en los alrededores del club de campo no hay demasiados comercios ni servicios, lo más cerca está a 1 km y si no una zona más comercial a 2 km. Así describe su día:

Me voy a la mañana, más o menos relativamente temprano y vuelvo a la tardecita, de noche. Los días de semana, esa es la rutina. A veces llego un poco antes, pero generalmente estoy todo el día en la calle. [Salgo de casa] a las ocho, ocho y media. Y estoy volviendo siete, siete y media, salvo que tenga alguna otra cosa.

Nos explica que vivir en un barrio cerrado, alejado unos 15 km del centro de La Plata “te lleva por lo menos entre veinte [minutos] y media hora hasta el centro”, eso supone que “uno tiene que organizarse la vida”, por ejemplo:

Tratar de evitar ir dos veces a La Plata porque se te hace más pesado. A veces no tenés alternativa, porque tenés alguna reunión o alguna cosa, entonces volvés y después tenés que salir porque tenés una reunión a la noche y salís. Yo algunos días voy a Buenos Aires (...). Las distancias obligan, en toda la zona, no es solamente por este caso del Club de Campo, en realidad de los que viven en Villa Elisa y City Bell tienen ese tema (...). Tratás de volver lo antes que puedas para estar en tu casa, pero tratás de evitar ir y volver.

Si bien reconoce que City Bell ha ganado en los últimos años una creciente autonomía respecto de La Plata, legible en la presencia de un importante centro comercial y de entretenimientos, servicios médicos e instituciones educativas, señala que trata de resolver estas cuestiones en La Plata porque pasa mucho tiempo en la ciudad ya que tiene el estudio donde trabaja. Entonces le resulta más cómodo organizar su vida ahí, haciendo centro en su lugar de trabajo y donde está muchas horas al día. María Luisa, su esposa, también trabaja en La Plata, en un colegio, unos días de mañana, otros de tarde, y al igual que él, resuelve las compras, trámites y otras cosas en ese tiempo así no tiene que volverse a su casa, ya que “cuando llegás no tenés ganas de volver a salir”. Durante la semana la cena es el momento en que todos se encuentran, “después los horarios se dispersan”. Y así como la noche es el momento de la inmovilidad, los fines de semana se reducen los kilómetros a recorrer (se va al centro de City Bell) o directamente no se sale, pero claro que se pueden recibir visitas en el club de campo.

“Empalmar” dice Evaristo explicándonos cómo hay que ir encadenando las actividades de la esfera personal, laboral y doméstica en un solo viaje. El objetivo es salir y entrar una sola vez al día al club de campo. Una sola vez al día recorrer ida y vuelta esos 15 km que los conectarán con la trama urbana compacta, los comercios, la vida laboral y las actividades necesarias para la reproducción de la vida doméstica fuera de la casa, y las actividades relacionadas con sus momentos del curso de vida.

Al igual que para los maridos de las mujeres analizados en el apartado anterior del encierro en movimiento, la casa y el trabajo constituyen para Evaristo los puntos extremos de un movimiento pendular diario, y lo mismo sucede con su esposa María Luisa.

Una diferencia, entre otras cuestiones, es el medio de transporte utilizado: mientras los esposos de Graciela, Norma, Fabiana y Mónica dependen del transporte público, en la experiencia cotidiana de Evaristo y su familia el automóvil se torna “indispensable” (hay una línea de ómnibus que pasa por el club de campo cada 40 minutos y es el transporte de muchos de los que trabajan en el club de campo). En este punto es coincidente con el papel del auto en la vida de Ernesto (chofer de la familia) y como veremos también en la historia que sigue. La interdependencia no es en este caso entre personas sino entre una persona y un objeto, el medio de transporte propio: el vehículo automotor se convierte en una parte de las redes de dependencia múltiples.

Transportarse en auto también incluye algunos malestares. Entre los problemas que define Evaristo de ese viaje “están las horas pico” en las que “hay muchos autos, mucho tránsito, muchos vehículos”, que son las horas en que “la gente va a trabajar o llevan a los hijos a la escuela, o los que van a Buenos Aires salen por la autopista”, aunque también “se nota mucha gente a la tardecita”. En esos momentos del día señala que hay que estar más atento y cuenta su estrategia de intentar cambiar de recorridos usando calles secundarias o recorriendo más kilómetros pero al final haciendo más rápido que si usara la vía principal que es el Camino Centenario.

Las movilidades lineales casa-trabajo son un modo clásico de experimentar la vida cotidiana en la ciudad, muy común en varones y mujeres insertas en el mercado laboral con trabajos de 8 a 12 horas diarias. En estos casos la diferencia de género emerge no a través del tipo de movilidad o la posición laboral sino de las actividades que suman a esa esfera laboral, y las interdependencias que los tienen como eje o sostén. Por ejemplo, si bien hay excepciones como la representada por Ernesto, generalmente las mujeres que tienen movilidades cotidianas lineales de este tipo tienen a su cargo además las tareas domésticas y la coordinación de la movilidad de los hijos, debiendo conciliar los tiempos y las actividades del trabajo y de la casa. En el caso visto esto recae un poco más en María Luisa en relación a la casa, y en su hija Macarena en vínculo con su propia hija, sumando en este último caso que el papá de la niña no convive con ella, por lo que la distribución de la crianza aparece desigualmente distribuida. Hemos relevado otros casos de trabajos lineales, y en proporción son mayoría las situaciones de sumatoria de trabajo doméstico al empleo en las mujeres.

Un departamento, tres autos, tres adultos, un niño y la autopista

Tamara vive en un departamento alquilado en un edificio nuevo en el centro de Berazategui con su marido Sebastián (35), su hijo Ethan (5) y su cuñado Emanuel (27), que trabaja en las grúas del puerto. Cada adulto de la casa tiene un auto y se manejan autónomamente uno del otro con esos vehículos, salvo que a uno se le rompa y ahí se los prestan, o piden otro vehículo a familiares, como pasó la semana anterior a la entrevistas cuando se rompió el auto de Tamara y usó la camioneta de su papá. Antes de mudarse al centro Tamara vivía con su familia de origen en un barrio de Hudson, que también pertenece al partido de Berazategui pero en un formato más de casas bajas. La familia de Sebastián, es decir sus suegros y cuñados, también viven en Hudson. Tanto ella como él suelen frecuentar las casas maternas, más de una vez a la semana. Sus familias y casas de origen son parte de una red semanal de visitas, cuidados e intercambios -como el de la camioneta-. Cuando Tamara tiene franco come con sus padres, y el jardín de Ethan está en el barrio de ellos, no sólo porque ahí también vive la niñera sino porque esos abuelos lo buscan cuando ella no llega. En contraste con esas redes del barrio de origen de ambos, en el centro, donde viven, no conocen a nadie ni se relacionan por ahora con otras personas.

Tamara y Sebastián trabajan en la policía pero en fuerzas de distinta dependencia, ella en la Metropolitana en Capital y él en la de provincia de Buenos Aires. Sebastián cubre

muchas más horas que ella, en general hace turnos de 12 horas de lunes a sábado. Tiene una rutina bastante fija de levantarse a las 8, de ahí al gimnasio una hora y sale bañado para Bosques donde tiene su destino laboral. Va en su auto y tarda aproximadamente una hora en llegar yendo por autopista, tal vez un poco menos. Se desempeña como jefe de calle de la comisaría, así que en su trabajo va de recorrida “porque tiene mucha gente a cargo y tiene que controlar la gente que está designada en cada lugar”. A veces usa su auto pero casi siempre va en un móvil (vehículo policial).

A Tamara le parece lejos el trabajo de Sebastián. Ella es parte de la Policía Metropolitana y trabaja en una brigada en un barrio de Ciudad de Buenos Aires (Parque Patricios), va en su auto escuchando música por la autopista, sobre todo del género romántico. Le gusta viajar en auto. Tarda media hora en llegar porque sus horarios no son hora pico, aclara. Se levanta a las 4 am. y al rato sale, y vuelve tipo 15 o 16 horas. Además Tamara es la que cubre los trámites, las tareas domésticas y la cotidianidad de la crianza de su hijo en red con los abuelos, el jardín y la niñera. A ella no le gusta viajar en micro. Se siente insegura, nos cuenta, “por mucho, por cómo están pasando ahora las cosas y demás”. Sabe cuál debería tomarse para ir a su barrio de origen, pero no lo toma nunca, así como tampoco usa el tren, agrega. Sebastián tampoco usa nunca colectivo ni tren. Pero el que sí viaja en colectivo es Ethan, porque día por medio la niñera lo lleva de la casa al jardín en micro. Ethan le cuenta a la mamá que le gusta ir en colectivo, le encanta ver la gente y que a veces les den el asiento.

Los fines de semana son para “estar en familia”. Aunque el fin de semana es de un solo día, “siempre nos toca o un sábado o un domingo. Estamos en la casa de mi suegra. Nos quedamos del sábado al domingo, siempre, nos quedamos a dormir. Comemos en familia, viene la hermana que vive lejos y comemos un asado, comemos a la noche unas pastas, siempre en familia. Es en el único momento que podemos estar todos juntos”, remarca. A veces, cuando pueden salen al centro a comer afuera. “El centro” es el centro comercial de Berazategui, les gusta también cuando pueden salir a dar una vuelta ahí como paseo o a merendar, no mucho, pero siempre a ese centro. También va ahí a comprarse ropa, o cuando sale con sus amigas o Sebastián con los suyos aunque a veces también se juntan en las casas. Una vez por semana más o menos se ven con amigos. Pero para comprar la comida no va a “ese centro”, va a su barrio de origen, en Hudson, tanto al almacén del barrio como a un gran hipermercado que hay ahí. El centro se representa como más seguro que el barrio de origen, más conectado a un eje vial de interconexión (facilidad de subir a la autopista) y con más cosas para hacer (entretenimientos, compras, paseos). Esta triple percepción fue el argumento para la mudanza al centro.

Tiene escasa información sobre otras actividades o lugares de Berazategui, sabe que existen muchos centros culturales, la maltería, el río, pero no frecuenta ninguno. Según uno de sus familiares “porque ella no se junta con los pobres” y ella ríe, “no frecuenta por acá le dicen” entre sonrisas burlonas, mientras ella los escucha, y ya quiere ir terminando la entrevista parada en la cocina de la casa de los suegros del barrio que tanto quiere. Hablando del futuro augura un tiempo en que “habrá mucha más tecnología que ahora por ejemplo” y entusiasmada nos dice que “está creciendo mucho Berazategui y lo veo... lo veo bien”. En ese “más adelante” espera seguir viendo crecer a su hijo, estar con su marido, tranquilos, ser felices resume.

La movilidad semanal de Tamara transcurre, como vimos, entre el trabajo, la casa propia, la de los suegros, la de su madre, el jardín del nene y algún trámite o paseo. La observación de sus recorridos y tareas nos permite reconstruir el sistema de interdependencias que suceden para dar cuidado a Ethan. El momento del curso de la vida de su hijo describe también un curso de vida familiar situado en los primeros años de crianza, que necesita que alguien concentre la coordinación de sus actividades y asegure su movilidad. Esa

tarea la cumple Tamara, indicándonos en esa concentración la diferencia de género con asimetría de realización de tareas de cuidado en comparación con su marido. Además de la coordinación, ella también está más horas con el niño que su marido, pero en este caso, a diferencia de Graciela que estaba todo el tiempo, hay muchas otras personas que intervienen en el cuidado de Ethan: institución educativa, abuelos y niñera, porque Tamara trabaja varias horas afuera y con ello no habilita una percepción de encierro.

La movilidad de Sebastián es de tipo lineal, con un solo viaje al día de ida y vuelta y una carga intensiva de horas de trabajo, semejante a la situación de Evaristo presentada como ejemplo anterior de esta movilidad casa-trabajo. En el caso de Sebastián la interdependencia con su esposa es mayor que la de Evaristo, y uno de los elementos que suponemos fuerte en esa diferencia son los distintos momentos del curso de la vida de sus hijos. Tienen en común, además de la linealidad de sus viajes, que ambas posiciones laborales son de mayor carga horaria que la de sus esposas.

Trabajo en movimiento

Él, a las corridas de un laburo a otro

Joaquín tiene 64 años y vivió buena parte de su vida a unas cuadras de Villa Itatí (partido de Quilmes), donde vive actualmente. Trabaja por cuenta propia haciendo trabajos de electricidad y tiene una intensa actividad de militancia social. Un día en la vida de Joaquín puede relatarse en una sinonimia con su oficio, es eléctrico y es electricista. Su dinamismo no aparece tanto en la interacción de charla sino en la cantidad de movimientos y tareas que realiza durante el día. Tiene una camioneta que, como él cuenta, “es su medio de trabajo”, la usa para trabajo y para trasladar, porque además de electricista hace fletes, “trabaja por su cuenta”. Un día cotidiano en su vida comienza a las 6 horas, cuando se levanta, desayuna y prepara sus hijos para el jardín, los lleva a las 7.45 horas y después se va a trabajar mezclando fletes, laburos de electricidad y la tarea de reparto en los jardines barriales de la organización de la que forma parte. A las 12 busca a sus hijos del jardín, los lleva a su casa, y continúa trabajando hasta aproximadamente las 17 o 18 horas.

Vive con su esposa Isabel y dos hijos de 6 años, Antonella y Jerónimo. Pegado a él, en el mismo terreno, están dos hermanos que él menciona como si vivieran juntos. Junto a su esposa tenían otra hija, que falleció por una enfermedad hace unos nueve años y eso resultó en un cambio en su vida. Estuvo un tiempo deprimido y luego encaró laboralmente, con la militancia político-social y con un proyecto de rearmar la familia teniendo más hijos, y lo lograron por dos, tienen mellizos. Este volver a criar hijos chicos siendo ellos grandes los puso felices, pero Joaquín reconoce el cansancio, y como cierto desfasaje entre el momento de abuelo que debería estar viviendo y el momento de padre que le toca vivir, y para lo que él cree idealmente se debería ser más joven.

Al referirse al barrio, Joaquín hace hincapié en la inseguridad y las malas condiciones de vivir allí:

Yo pienso que la gente está acá porque no le alcanza el dinero para poder solventarse un pago de impuestos, un pago de luz, que esto que el otro porque si a uno pudiera bancarse todas esas cosas hoy no estaría acá. El tema de inseguridad se puso muy candente. No es ventaja estar en un lugar en que vos estás incómodo, en que vos sabes que se arma el tiroteo a las 6 de la tarde, al medio día, en cualquier momento.

Nos sigue explicando, si estás en este barrio es porque no tenés donde vivir: “Acá vinieron a buscar un lugar, un asentamiento para tener donde vivir. Y armar su casa, su familia bueno, está bien” y recupera distinciones en clave nacional entre el esfuerzo y la solidaridad de la autoconstrucción de viviendas entre los paraguayos migrantes más recientes, en comparación con algunos argentinos “más vagos”.

La posibilidad de tener un pedazo de tierra donde levantar la casilla o una habitación para convivir es una ventaja de este barrio, que al compararse con los lugares de origen u otras situaciones previas resulta en movilidad ascendente, o en algunos casos un deterioro de posición si comparamos con algunos casos que Joaquín nos cuenta de vecinos que perdieron sus trabajos en la década del noventa por ejemplo. En los últimos años él percibe una mejora en las condiciones de vida ligada a mejoras laborales y de políticas públicas. Lo nota diariamente en su trabajo en los barrios con su mirada desde la militancia en organizaciones comunitarias. Además de esta ventaja, otra en la que marca importancia es el valor de la buena ubicación en la localidad de Quilmes y en relación a la zona sur del conurbano y ciudad de Buenos Aires. En relación a la movilidad, el barrio es un lugar cómodo “porque tengo el colectivo a media cuadra, porque tengo todos los negocios cerca, tengo movilidad para todos los lugares y estoy en un lugar céntrico, no tengo problema digamos con... estoy en un lugar que si es por el lugar estoy justo clave en el centro”.

Joaquín conoce bien las cuestiones de movilidad en la zona, ventajas e inconvenientes, analiza y está siempre viajando, o mejor dicho, como él nos lo aclara, “no son viajes, es trabajo”, “no es un disfrute es un pasaje. Estás tratando de llegar a trabajar. Pero bien.” Y con ello marca una distinción entre el viaje como disfrute y el viaje como medio. Es un conocedor de toda la región sur que abarca nuestra investigación porque coincide con sus puntos de trabajo, trámites y militancia. Su circuito de movilidad abarca Ciudad de Buenos Aires, Berazategui, Quilmes, Avellaneda y también La Plata, que emerge en su análisis del tránsito como el lugar más difícil “La Plata es tremendo, las diagonales y andan muy rápido.”

Está agotado por el movimiento. La tarea de unir todas las actividades en circuitos posibles del día a día lo cansa. Trabaja moviéndose. Se trata de una forma de trabajo donde los trayectos entre un punto y otro del desarrollo de la tarea son parte explícita del tiempo de trabajo: reparte mercadería y realiza reparaciones a domicilio. Y, como ya dijimos, a esto le suma que es el eje para las interdependencias de movilidad de los demás miembros de la familia.

Así como las vías de circulación organizan su día a día, la familia es eje del relato sobre una temporalidad más larga, la familia propia, la familia de la que él proviene (sus padres y hermanos), la que armarán sus hijos y todas las familias de su sector social, que en su unidad constituyen un valor. En todas inscribe su relato y en ellas funda su proyección a futuro. El sacrificio del presente, ese “agotamiento” y “cansancio” cobra sentido en la proyección en los hijos “que puedan estudiar” y poder “verlos grandes”, “poder llegar con salud para poder ver crecer a sus hijos”. En escala comunitaria tiene deseos acerca de “que se mejore el tema de la inseguridad” y en términos societales nos dice, ya cerrando la entrevista, “¿Cómo me veo en el futuro? Y tratando de poder inculcar y seguir enseñándole a mis hijos para poder darle un camino para un mundo mejor”.

Este caso es semejante al de Ernesto (el chofer familiar que lo tomamos como ejemplo de encierro en movimiento) en relación al tipo de movilidad cotidiana que aquí llamamos *trabajo en movimiento*, pero con por lo menos tres diferencias. La primera, el momento del curso de vida de los hijos, están atravesando la infancia en Joaquín y son jóvenes los de Emilio. La segunda, el sector de clase social -que tiene correspondencia con el tipo sociourbano de habitación-, donde Joaquín habla desde un barrio de sectores bajos con una posición laboral de cuentapropista de baja renta, y Ernesto narra desde un barrio de clase alta tradicional y con altos ingresos. La tercera diferenciación es la distribución por género del trabajo doméstico y la administración de la casa, donde en Joaquín la responsabilidad de la esfera doméstica está claramente centrada en su esposa Isabel, y en Ernesto es la esposa, Celia, quien ocupa la principal posición laboral en la esfera no doméstica aportando los mayores ingresos a la familia, y él tiene a cargo

la coordinación de la esfera doméstica, aunque sin realizar directamente las labores (como vimos están tercerizadas en trabajadores domésticos y cuando este sistema falla se retoma la posición femenina en la cocina de su esposa o su hija).

A continuación veremos otro caso que implica múltiples movimientos, pero no solo pensándose como viajes -que también los tienen-, sino también como movimientos de papeles entre los miembros de la unidad familiar, lo que habilita interdependencias menos asimétricas. Se trata de una familia con un intento de equidad en el reparto del trabajo doméstico y el trabajo no doméstico. Una propuesta de conciliación entre trabajo y familia que no opere en la desigualdad tradicional de géneros, posibilitada en gran medida por el tipo de relaciones laborales en las que ambos miembros de la pareja están inscriptos.

Ambos, a las corridas de un lado al otro

Marcelo es profesor de piano, tiene 47 años y vive junto a su esposa Susana que es unos años menor, también dedicada a la música en Florencio Varela. Con ellos conviven sus dos hijos, Ignacio de 5 años y Danilo de 8, además algunos días está Antu de 14 años, que es el hijo mayor de Marcelo con una pareja anterior, que estudia y vive con su mamá los demás días en Villa Elisa, partido de La Plata (colindante con Florencio Varela). La experiencia cotidiana de movilidad en la ciudad representa para él y su esposa el despliegue de una serie de estrategias y arreglos que les permiten resolver los traslados hacia el trabajo y los destinos relacionados con la crianza. Realizan una coordinación aceptada que representa un conjunto de esfuerzos vinculados con el uso del tiempo, los desplazamientos en el espacio y la asignación de roles de quién hace qué y cuándo.

Los dos son músicos y tienen sus proyectos musicales por separado, pero el mayor ingreso lo obtienen de su trabajo como docentes de música en el sistema de educación pública, fundamentalmente en el nivel primario en el caso de Susana y horas en terciario en el caso de Marcelo. La modalidad de empleo de ambos con un formato por módulo (por horas) o cargo docente (12 horas) posibilita que “cuando no trabaja ella, trabaje yo”. Tal interdependencia no se vive con malestar sino como el modo ineludible de garantizar trayectos y compañía. Marcelo lo pone en términos de “lo tenemos coordinado entre nosotros” o “nunca hubo negociación, el auto se lo queda el que tiene los pibes”, básicamente para evitar el uso del transporte público. Tal como se distribuyen los días de trabajo también se pautan las actividades de recreación para ellos. Como ambos son músicos, los sábados por la tarde ensaya él, vuelve “a los pedos” en el auto y se lo pasa para que ella vaya a su propio ensayo. Como vamos viendo también hay distribución entre padre y madre del estar a cargo de las actividades y movilidad de los hijos “los chicos van a fútbol dos veces por semana acá en Varela y los martes y jueves van a gimnasia deportiva en Villa Elisa” que es donde también va el hermano más grande. Además Danilo va a natación e Ignacio a música. Marcelo es quien generalmente los lleva a Villa Elisa, pero lo demás y la escuela se reparten con Susana según los días y horarios de trabajo. Además Marcelo también lleva a Antu los viernes a la secundaria porque todavía “no se anima” a que viaje solo, está “tomando coraje”, haciendo referencia a sus temores y no a los de su hijo.

El automóvil que comparten les permite recorrer en tiempos razonables las distancias necesarias, el jardín de infantes y la escuela primaria quedan uno cerca del otro, pero ambos lejos de su casa, 30 cuadras más o menos, y la escuela secundaria a 20 kms. de la casa. El auto es el objeto que está asociado en esta red a la movilidad de los chicos, pero como ellos no conducen, se precisa uno de los padres para la función de chofer, y el que no está con los chicos se mueve en micro. El transporte público, tal como vimos en otros casos, aparece como hostil para el traslado con chicos, según Marcelo no solo porque con los más chicos es difícil sino por la espera: “perder el tiempo esperando”,

“siempre me acuerdo de volver los domingos a la noche con Antu en colectivo y que no te parara el micro o de pasar horas esperando el micro que volviera”. Su casa está muy bien ubicada en relación al transporte público porque está a 10 cuadras del centro y muy cerca de un hospital, entonces a una cuadra tiene acceso a muchas líneas de colectivos, y en forma muy gráfica explica algunos inconvenientes,

Los colectivos. Es un garrón. Es un garrón. Están armados como el conurbano ¿viste? o sea, las líneas, vos decís... no entendés si para ir de acá a acá [señala dos puntos en el espacio que podrían conectarse en línea recta] hace esto [dibuja con la mano un gran “rodeo” o “vuelta” para conectar ambos puntos].

Los fines de semana a veces van a andar en bicicleta a parques de la zona (Parque Pereyra, partido de Berazategui) o a la República de los Niños (La Plata). O como dice Marcelo al terminar la descripción de la semana, “el domingo, en general, no hacemos nada”. En este contexto, el no hacer nada podría ser leído como el detenimiento de la dinámica semanal: no salir de la casa, no tener que “andar calculando”. Sin ser el recorrido de Joaquín por todas las localidades del corredor sur, pero están cerca ya que la movilidad de esta familia circula entre cuatro partidos de esta zona, Florencio Varela, Berazategui y La Plata, los tres territorios formaron parte de sus cursos de vida y en el presente están conectados por sus decisiones y posibilidades de familia, trabajo y sociabilidad, y Quilmes donde a veces usan comercios de esa localidad.

Los arreglos cotidianos se fundan en esta familia en un contrato implícito en el que el trabajo no doméstico, el doméstico, las tareas relacionadas con los niños y sus tiempos “personales” están distribuidos de un modo que intenta ser equitativo entre los géneros. Ambos manejan, trabajan, ensayan y acuerdan los criterios y expectativas de la vida cotidiana de los niños: que no estén solos en la casa (inmovilidad de uno de los dos), que alguno de ellos los acompañe en los trayectos a la escuela (movilidad por interdependencia crianza) y que haya tiempos de actividades tanto para ellos solos (movilidad por interdependencia con la pareja) y entre todos. Sin olvidar que las tareas domésticas están a cargo de Marcelo y Susana: limpieza y mantenimiento de la casa, la ropa, mascotas, mantenimiento del auto, trámites y pago de servicios, entre otros. La relación más equitativa de distribución de actividades en términos de género les demanda una gran organización y planificación temporal y espacial: diagramar un calendario semanal, relativamente fijo, que combina interdependientemente a las personas.

Ubicado este relato en trabajo en movimiento, no hace referencia como en el caso de Joaquín a actividades donde el traslado es parte de su desarrollo (flete y cuentapropismo), en el caso de Marcelo y Susana poseen empleos con tarea fija, aunque en algunos casos diseminados en distintas instituciones, pero incluimos el caso porque “A las corridas de un lado al otro”, además de ser una imagen para la movilidad cotidiana, permite hablar de cómo el sujeto pasa de un lado al otro de la esfera laboral a la doméstica, es el mismo sujeto el que la atraviesa sin postular ni practicar una diferenciación por género de un lado para uno y otro para el otro. Hay una búsqueda intencional de que la vida de cada uno, sea del género que sea, se mueva en ambas esferas con soltura.

Asimetrías entre géneros: la persistencia del “trabajo doméstico” femenino mirado desde la movilidad

Al colocar la mirada sobre las movilidades, también se hace visible la desigual distribución del trabajo doméstico, y con ello las discusiones de las conciliaciones entre esfera doméstica y esfera laboral entre géneros e intra género. Muchas de las diversidades -y en varios casos asimetrías- en las movilidades que vimos en la sección anterior

están en relación directa con la distribución de roles en torno al trabajo doméstico y no doméstico, o lo que a veces llamamos la esfera doméstica y la esfera laboral, o más clásicamente -y en un pasaje lineal y criticado- el dominio público y privado. Esto nos lleva a dos visiones dicotómicas que cuestionaremos en las conclusiones de este artículo pero aquí anticipamos: por un lado la inmovilidad de lo doméstico y la movilidad de lo no doméstico, y por otro la independencia entre estos dominios.

La permanencia del trabajo doméstico centrado generalmente en el género femenino es uno de los resultados de nuestra investigación. Sin aparente novedad, ya que es de larga tradición en nuestras sociedades y también en los análisis de las ciencias sociales, no le quita peso al hallazgo que permite renovar la comprobación que esta asimetría ocurre en todos los tipos sociourbanos y localidades relevados y con ello pasa a ser parte de la agenda de nuestro estudio y uno de los ejes analíticos de este artículo.⁷ Para profundizar en ello sumaremos los relatos de vida cotidiana de tres mujeres (y sus familias)⁸ que residen en distintas localidades del espacio metropolitano, habitan en tipos residenciales diferentes, pertenecen a sectores sociales desiguales, se encuentran en distintos momentos del curso de vida, y ocupan también diferentes lugares en la dinámica familiar. Se trata de experiencias cotidianas que fácilmente podrían enmarcarse en alguno de los tres tipos de movilidad cotidiana descritos previamente, pero cuyo propósito es aportar singularidad y diversidad a la hipótesis de la relevancia de los arreglos intrafamiliares en tanto generadores (o no) de asimetrías según la centralidad de las interdependencias, las tradiciones de roles y adscripciones de género, las relaciones entre las posiciones laborales y las posiciones en lo doméstico, y la intersección diferenciadora de momentos del curso de vida, acceso a medios de transporte y redes sociales de cuidado.

Laura (59 años) y Marcos (60 años) viven en un barrio de clase media de Wilde, partido de Avellaneda. Mientras Marcos tiene su taller delante de la casa familiar, Laura está jubilada y se encarga de la casa. Sus dos hijos estudiaron en la Universidad Nacional de La Plata y viven en esa ciudad. Se levantan temprano, a las 7 de la mañana. Marcos va al taller y está todo el día moviéndose con temas vinculados a su trabajo. Por su parte, Laura es de quedarse en su casa y de moverse por los alrededores.

Ayer fui a la mañana a la calle comercial [ubicada a tres cuadras de su casa] y le compre el regalo [a un tío que cumplía años]. Hice varias compritas. Vine [a casa], almorcé. A las 2 de la tarde, todos los miércoles tenemos reunión en el centro de jubilados. Y después me fui a tomar unos mates con una de las compañeras del taller [de memoria que realiza en el centro]. Estuve allí, y bueno, después vine, preparé la cena y cenamos.

Si bien tienen dos camionetas, “la camioneta del trabajo” y “otra camioneta para salir” como distingue Laura, ella no sabe manejar. Se describe como “fiacona”, “me gusta estar en mi casa” y reconoce que “no soy de salir de Wilde”, ya que muchas de las cuestiones cotidianas las resuelve en el centro de la localidad, ubicado a pocas cuadras de su casa. Sin embargo, la vida cotidiana de Laura se caracteriza por múltiples movibilidades por el eje sur del conurbano: el médico en Quilmes, los hipermercados en Avellaneda, la visita de sus hijos a La Plata, los paseos con su marido en camioneta e, incluso, sus viajes fuera de temporada a Mar del Tuyú (Partido de la Costa, Provincia de Buenos Aires) donde tienen una casita cerca del mar. Es precisamente en estos viajes cuando Laura utiliza diversos medios de transporte. Si se mueve sola viaja en colectivo “para ir a ver a una amiga a Avellaneda” y en tren cuando va a La Plata a ver a sus hijos, aunque a la tardecita “me voy en remise”. Las salidas en camioneta con Marcos son al hipermercado -“uno de mis paseos”, reconoce Laura-, y algunas pocas veces a Buenos Aires, ya que Marcos le dice “que está todo el día manejando”, por lo que “ir a manejar a la capital, olvídate”.

7. Por supuesto, como se desprende de la evidencia presentada en este artículo, hay excepciones como el rol de Ernesto en la dinámica cotidiana de “la casa” y los arreglos con un horizonte igualitaria en la experiencia cotidiana de Marcelo y Susana. Sin embargo, en términos generales, resulta llamativa la persistencia de lo doméstico como una tarea mayoritariamente femenina. Lo que investigaciones recientes han certificado a partir del uso diferencial del tiempo que implica la desigual distribución de tareas domésticas (Esquivel, Faur, Jelin, 2012), es abordado aquí desde las experiencias de (in)movilidad diferenciales que dicha distribución desigual conlleva.

8. Se decidió usar para esta sección casos distintos a los presentados bajo el subtítulo anterior, en pos de mostrar más situaciones particulares. Las historias aquí presentadas también fueron analizadas en relación a los tipos de movilidad y forman parte de la matriz de datos analizada que nos llevó a los resultados ya presentados, aunque no fueran elegidos sus casos particulares para mostrar tipos de viaje sino asimetrías entre géneros.

Candelaria tiene 45 años y vive junto a su marido Matías de 46 años y sus dos hijas de 18 y 15 años en un barrio cerrado de la localidad de City Bell. Ella es ingeniera en sistemas, aunque se dedica al maquillaje y la asesoría de imagen. Su marido es médico cirujano. Tienen dos autos, cada uno el suyo, “sino sería imposible” aclara.

La encargada de la casa soy yo –relata Candelaria-. Mi esposo se levanta temprano y se va a Buenos Aires. Me olvido de él hasta que en algún momento del día vuelve. Él es cirujano de niños, así que imagínate que... cero pendiente de la familia. Soy yo la que está a cargo. Me levanto, llevo las nenas al cole, si tengo que ir a dar clases [a La Plata] voy a dar clases, vuelvo y las paso a buscar por el cole, vienen a comer y si después hay actividad las llevo y las traigo y nos vamos organizando a medida que vamos pudiendo (...). Hoy por hoy –enfatisa- movilizarme con mis hijas es lo que me interesa, mi prioridad.

Las chicas ya entraron en la adolescencia y Candelaria reconoce que “se mueven un poco solas, pero siempre con ciertos recaudos, hay muchos recaudos que tomo”, y ejemplifica en las combinaciones que se hacen según días y horarios entre micro, remis y su auto para ir a buscarlas a donde estén o a las paradas del micro sobre un eje vial importante que es lo más cerca del barrio cerrado, pero son como 3 km.

La vida cotidiana de Candelaria combina, además del cuidado de la casa, la interdependencia con las hijas, las movilidades asociadas a estas tareas, una intensa movilidad cotidiana vinculada con su trabajo y su vida social, que ella asocia a las características de su espacio residencial: “Si vos vivís acá [por el country] ya es como que es un hábito, a mí no me cuesta ir y venir”. En ese sentido, señala que a muchas mujeres del barrio se les torna complicado: “la dificultad tiene que ver con el no manejo de las mujeres. Tener miedo, o ser temerosas. O que por ahí el marido no la deja”. En su caso, en cambio, disfruta de ese “ir y venir” que implica llevar e ir a buscar a sus hijas a la escuela privada ubicada en la localidad alemana de Gonnet (viaje que le insume entre 15 y 20 minutos), ir a trabajar a La Plata (que le insume entre 30 a 35 minutos) y sus salidas con amigas, ir al cine o a tomar un helado, o viajar a Buenos Aires. “Olvidate que yo donde tengo ganas agarro el auto y me voy”.

Leonora tiene 21 años y vive junto a sus padres y su hermano menor en el barrio de una cooperativa de viviendas de empleados de un astillero en la ciudad portuaria de Ensenada. Su padre (48 años) trabaja en el astillero, su madre (47 años) es directora en un jardín de infantes en La Plata y su hermano de 18 años está finalizando la tecnicatura en astilleros. Ella estudia el último año de la licenciatura en nutrición en una universidad privada en La Plata. La dinámica cotidiana de la familia se estructura en torno de dos actividades fundamentales: el trabajo y el estudio. En la casa cuentan con un vehículo que utiliza principalmente la madre, ya que diariamente viaja a La Plata para trabajar. Su padre, en cambio, trabaja en el astillero entre las 7 de la mañana y las 3 de la tarde. Por la mañana va al trabajo caminando (lo que le insume unos 45 minutos) y a veces lo pasa a buscar un compañero en auto; por la tarde regresa con un compañero que lo acerca hasta una avenida cercana, y luego camina el trayecto restante (unos 10 minutos). Al regresar del trabajo tanto la madre como el padre se quedan en la casa. “No son de salir para nada –cuenta Leonora-. Salen porque tienen que salir a trabajar, pero después son caseros”.

Por su parte, Leonora pasa gran parte de la mañana en su casa, cocina y almuerza sola (su padre y su hermano almuerzan en el Astillero, su madre en La Plata) y a las cuatro de la tarde sale en micro para la facultad ubicada en el centro de La Plata. Camina 10 minutos hasta la avenida y ahí se toma un micro que la deja a pocos metros de la facultad. El medio utilizado para regresar depende de la hora de salida. “Si salgo a las diez, muy tarde, me van a buscar a La Plata”. En cambio, si sale más temprano regresa en el colectivo

y se baja en la avenida y ahí la van a buscar en auto “porque todo eso no me lo camino de noche”. De manera similar, los fines de semana que sale a la noche en La Plata, la llevan en auto y “después para volver me voy a dormir a lo de alguna amiga que vive en La Plata”. Antes solía salir en La Plata con una amiga de Ensenada y “por ahí nos volvíamos las dos en micro, pero ahora que yo sola soy de Ensenada no me vuelvo”. El encuentro entre todos los miembros de la familia se produce fundamentalmente en la hora de la cena que, reconoce Leonora, “siempre mi mamá cocina”. De la limpieza de la casa también se ocupa su madre. “Todos los sábados mi mamá empieza, pasa el trapo, plancha... No, los domingos a la noche plancha. Claro, ella hace los fines de semana así (se ríe), limpia”.

No se trata de casos paradigmáticos, tampoco constituyen representantes de una tipología; antes bien, son el punto de partida para reflexionar sobre las interdependencias, específicamente en lo que refiere a los “arreglos domésticos” dentro del grupo familiar y los límites y presiones (Williams, 1997) que estos arreglos ejercen en lo relativo a la movilidad cotidiana. En efecto, estas y otras historias cotidianas nos inclinan a la necesidad de precisar las modalidades y especificidades de las interdependencias, más teniendo en cuenta que toda vida social -y todo curso de vida- supone redes de relaciones interdependientes. En este sentido, como se desprende de las historias de las familias de Candelaria, Leonora y Laura los “arreglos domésticos” no se circunscriben necesariamente al espacio de “la casa”, sino que implican movilidades relacionadas con el abastecimiento del hogar, la educación y la salud de los hijos, entre muchas otras cuestiones. Además, salvo algunas excepciones como el relato de Laura, nos encontramos lejos de una distribución rígida y dicotómica entre producción y espacio público (masculino) y reproducción y espacio privado (femenino), identificando en cambio ecuaciones complejas entre trabajo, familia y casa tanto en varones como en mujeres.

Sin embargo, incluso con modulaciones cambiantes, el *trabajo doméstico* entendido como el conjunto de las actividades no remuneradas relacionadas con el mantenimiento cotidiano de las familias y la crianza de los niños (García y De Oliveira, 1994) adquiere un peso diferencial en la vida cotidiana de las mujeres de distintos sectores sociales. Mientras las movilidades cotidianas del esposo de Candelaria y del padre de Leonora se vinculan casi exclusivamente con sus trabajos (lo que en la sección anterior llamamos movilidad lineal), en la vida cotidiana de mujeres que tienen una activa participación en el mercado de trabajo se observa la persistencia de “lo doméstico” como una ocupación preponderantemente femenina. Se evidencia por ejemplo en los casos de Candelaria, que además de tener empleo se encarga de la casa y de la movilidad de sus hijas, y la madre de Leonora que cocina todos los días y se aboca a la limpieza de la casa los fines de semana, cumpliendo además diariamente un horario laboral fijo.

Así lo refieren también mujeres de sectores altos que están en otro momento del curso de vida, con hijos ya autonomizados, como María Marta de 57 años, que señala “gracias a dios ya soy como mayor. Ya no tengo hijos que dependen de mí (...) es bueno porque hago lo que quiero” (La Plata, barrio cerrado), y Griselda de 58 años, que sostiene “ya estoy harta de cocinar, no quiero ni ver la cocina. Cociné tanto en mi vida, con tantos chicos” (La Plata, barrio cerrado). En el caso de hijos en etapa de infancia y adolescencia las interdependencias centradas en la madre (femenino) son mayores en términos de las tareas de la casa y el cuidado, y en muchos casos incluye ser el medio de sus movilidades (aunque vimos que hay modelos diferentes en algunos casos, como el de Marcelo y Susana en su propuesta más equilibrada de reparto). El cuidado y la casa a cargo fundamentalmente de las mujeres, “ejercen presiones” para moverse (ir a llevar o a buscar a los hijos, hacer las compras, etc.) así como también “fijan límites” a la movilidad, como destinar una parte del tiempo -que podría ser- libre a la limpieza de la casa o a cocinar. Por supuesto, esta persistencia adquiere también modulaciones específicas, cuyos extremos podrían estar representados por la alta autonomía de movimientos de Candelaria y la alta dependencia de Laura respecto de su marido.

En ese sentido, responder a la pregunta por la relación entre movilidad y género, así como la posibilidad de identificar movilidades diferenciales generizadas, supone identificar analíticamente la composición y recursos del hogar, las posiciones laborales de sus miembros, los circuitos de aprovisionamiento, sociabilidad y ocio, las valoraciones de los riesgos del entorno urbano, el momento del curso de vida de cada uno de ellos y de los otros miembros de la familia. Como venimos remarcando es de vital importancia en la generación de asimetrías las ecuaciones que realizan entre trabajo, familia, casa y ocio, pero no solo en términos de las interdependencias intrafamiliares, sino además en otras dos escalas. Por un lado la disponibilidad de redes sociales de cuidado, tanto en términos de familia extensa, como de arreglos entre familias e instituciones (estatales y privadas) (Esquivel, Faur y Jelin, 2012). Y por otro lado la escala de la ciudad, en perspectiva de concebir la trama urbana (diseño, planificación, infraestructura, transporte, entre otros) como posibilidad de facilitar u obstaculizar (por lo menos) la realización de los trabajos de producción y reproducción de la vida (Del Valle, 1997).

Las múltiples interdependencias: vehiculos, redes sociales, cursos de vida, laboral-doméstico y género

Dos ejes analíticos se tornaron relevantes para el estudio entre género y movilidad cotidiana en el espacio metropolitano: por un lado, la relevancia de los “arreglos domésticos” y las interdependencias para pensar las movilidades “individuales” y, por el otro, la evidencia de la “persistencia de la asociación entre lo doméstico y lo femenino” que ayuda a comprender esos arreglos, así como las movilidades y asimetrías resultantes.

En la primera sección del artículo dimos cuenta de tres tipos de movilidad -diversificándolos además en dos casos cada uno- que permitían identificar regularidades del tipo de movilidad que llamamos encierro, lineal y en movimiento, pero que no podíamos solo definir por los momentos de quietud y los de desplazamiento, sino que se construyeron en acuerdo a alguna particularidad de la percepción de su movilidad cotidiana. El encierro en los primeros casos, tanto por la percepción de Graciela como por la de Ernesto de estar anclados a la labor reproductiva. Pero con sus distinciones entre un modo de casa y crianza de niños para la primera, que le produce una sensación de cierto malestar por una demanda permanente de la dependencia de los hijos y una movilidad restringida a circuitos vinculados con la reproducción de la vida y de la casa. Y un modo de casa y chofer de grandes para Ernesto, donde la percepción de incomodidad radica más en ser el centro de las dependencias de movilidad de otros y de la reproducción de la casa, que en el “estar en la casa”. La diferencia emerge, como ya dijimos, además de por la diferencia de recursos disponibles en las familias, por el momento del curso de la vida de los hijos y por las posiciones laborales de sus cónyuges. El “encierro” nos vincula con aquello que Del Valle (2000) planteaba como rigidez de los tiempos y espacios de trabajo reproductivo, que venía a discutir el mito que dichas tareas eran de horarios más flexibles que el denominado “trabajo productivo”. La rigidez de las micromovilidades, la “atadura” que provoca que otros dependan de uno y que por lo tanto la vida cotidiana no esté organizada en los propios términos sino en las cronologías y espacialidades de los otros y de las instituciones de cuidado, sale a la luz en esta imagen oxímoron del encierro en movimiento.

La segunda imagen utilizada fue la de la movilidad lineal en sus formas simplificadas de casa al trabajo y del trabajo a casa que, como pudimos ver, conllevan también la realización de algunas pocas tareas vinculadas al trabajo reproductivo, pero que sobre todo esa posibilidad de movilidad lineal se construye por la centralidad del sujeto en el trabajo llamado productivo, con la interdependencia de otras personas que realizan las tareas de cuidado de hijos si los hay y de tareas domésticas. Esta movilidad pone

a la luz la indisociabilidad de la esfera laboral y la doméstica. La reproducción de la vida se hace posible por la concurrencia de los trabajos en ambos dominios, por una porosidad interrelacionada entre lo público y lo privado y por una interdependencia de actores sociales que se distribuyen -con mayor o menor equidad- ambos trabajos (productivo y reproductivo). Pero que además no es solo una cuestión de “arreglos intrafamiliares” sino que la ciudad como dispositivo de reproducción de la vida y el Estado como regulador de recursos (disponibilidad, acceso y efectividad) son partes relevantes del proceso más general. Nuevamente, trayendo las interpretaciones de Del Valle, “hasta que la reproducción no se reconozca como parte integrante del sistema social, y por lo tanto interrelacionado con el trabajo asalariado, se da una situación de desigualdad” (2000: 59).

La tercera figura de movilidad presentada fue trabajo en movimiento, a través de las formas de movilidad cotidiana de Joaquín y su trabajo de fletero y centro de las movi- lidades de otros (sus hijos, esposa y recursos de la organización social a la que pertenece -que es parte de una red social de cuidado-), y el intento de una división social del trabajo que no se construya desde el género como fue el caso de Marcelo y Susana. Reaparecen dos aspectos de las movi- lidades anteriores. Por un lado la sensación de agotamiento, en este caso ligado no al encierro sino a “estar a las corridas”, “de un lado a otro”. El segundo aspecto está relacionado con ese mismo movimiento que incluye un sinnúmero de arreglos y grandes o pequeños desplazamientos que colocan a estos adultos en el centro de una movilidad que debe construirse imbricados en ciudades que parecieran operar -a veces- en contra de sus posibilidades de reproducción, otras a favor de las condiciones de su trabajo productivo (mover recursos es un trabajo, disponer de horas en distintas instituciones otra -nótese que ambos están vinculados con instituciones sociales del cuidado: escuelas, comedor).

En los tres tipos de movi- lidades cotidianas se hacían visibles formas diversas de la distribución de roles y tareas por género, pero quisimos mostrar otras singularidades de “arreglos”, percepciones y asimetrías sumando los relatos diarios de las familias de Laura en Wilde, Candelaria en un barrio cerrado en La Plata y Laureana en un barrio industrial de Ensenada. Todos sus desplazamientos cruzan, en distinto grado, las esferas de lo público y lo privado, resolviendo “cuestiones domésticas” en ámbitos que suelen estar imaginados por fuera de lo doméstico. La resolución del trabajo de reproducción centrado en mujeres implica un número de movi- lidades cotidianas por fuera de la casa. La casa como sinónimo de lo doméstico, en tanto materialidad, no resiste a las prácticas cotidianas de todas estas mujeres. La esfera doméstica incluye la casa, pero también todos los circuitos de uso cotidiano para las tareas de aprovisionamiento, trámites y crianza de los hijos. De ello que el momento del curso de la vida, como ya indicamos, tenga alta relevancia en las dependencias de unos en relación a otros. Son mayormente las madres las que dependen de los hijos (o las interdependencias) para resolver en función de los tiempos de los más pequeños, los tiempos laborales -tanto trabajo doméstico como no doméstico- propios. Otro factor que interviene con fuerza en la administración de estas interdependencias son los accesos y utilización de redes de cuidado. La existencia o no de familia extensa que acompañe la crianza de los niños y la posibilidad de contar con instituciones estatales o privadas de cuidado accesibles (en sentido amplio guarderías, jardines, escuelas, clubes) marca diferencias en la trama de construcción de las asimetrías por género al interior de la familia, y por lo tanto diferencia movi- lidades cotidianas generizadas.

Para finalizar cuatro comentarios más y un cierre. Los comentarios se refieren a ele- mentos que participan de las interdependencias, y que por ello llamaremos interde- pendencias múltiples. Estos cuatro factores intervinientes en las movi- lidades cotidianas resultaron determinantes de la generación de diferencias, y en algunos casos devie- nen en desigualdades. El primero son los medios de traslado, los “objetos” transporte

público o auto, hacen a calidades de viajes diferentes, donde en los casos estudiados el uso de transporte público demanda más tiempo, malestares y una sincronización de las actividades con el sistema de transporte. Por otro lado, los autos son vistos como imprescindibles para aquellos que los tienen -y más de uno-, recorren largas distancias para ir a trabajar y/o sostienen las interdependencias de movilidad de otros miembros de la familia. Del viaje en auto se nombran algunas sensaciones de malestar relacionadas con el tráfico y con el desgaste que produce conducir el vehículo. Y la sincronización, podría decirse que es en una doble dimensión, intrafamiliar porque es preciso coordinar los tiempos y recorridos del “chofer” con los demás miembros de la familia cuando es el que se ocupa de esta tarea. Pero también es de alta relevancia el tener acceso rápido y cercano a ejes viales principales, como son las grandes avenidas que conectan el corredor sur y la autopista.

El segundo factor son las redes de cuidado, o lo que algunas autoras vienen estudiando como la organización social del cuidado (Esquivel, Faur y Jelin, 2012). A lo largo del artículo en repetidas oportunidades mostramos la relevancia de las redes de ayuda para el cuidado de los hijos (familia extensa, arreglos entre familias, tercerización de tareas) así como la existencia y acceso a instituciones de cuidado (públicas, privadas, ONGs.). La posibilidad de contar con estos recursos marca diferencias en las posibilidades de organización cotidiana, y con ello de las movilidades. La interdependencia entre personas no se circunscribe a los miembros de la unidad familiar, aunque el objetivo sea la reproducción familiar, sino que muestra claramente cómo de las redes participan muchos otros sujetos e instituciones, que son parte de las interdependencias necesarias para que el trabajo de producción (esfera laboral) y de reproducción (esfera doméstica) se haga posible.

El tercer factor emerge al detener la mirada sobre los cursos de vida. El estudio de los cursos de vida es una perspectiva teórico-metodológica que reconoce la importancia de la temporalidad de las vidas, el procesamiento social de la edad, la inserción en contextos históricos y espaciales determinados, y entre otros puntos enfatiza el modo en que las personas son interdependientes, dando especial atención a la familia como la arena primaria de la experiencia y desde donde se interpreta el mundo social (Elder et.al, 2003). Analizando las interdependencias de movilidad desde este enfoque fue posible identificar cómo estas interdependencias estaban en función de los desarrollos de las trayectorias de cada miembro de la familiar, y de lo que podemos llamar el curso de vida familiar⁹ en general. Como dimos cuenta en varios relatos, la diferencia de momentos de curso de vida, que se marca fuertemente por el momento de curso de vida de los hijos, necesita una división social del trabajo en la familia, entre los géneros, y en la sociedad, que toma diferentes formas según cada caso, pero en muchos de ellos deja ver: la centralidad de la mujer en la crianza; la reproducción de la división femenino trabajo de reproducción / masculino trabajo de producción, o la doble jornada laboral femenina (ambos trabajos); y las desigualdades en torno a las instituciones con las que se cuenta para que la crianza sea un proceso de resolución social y no quede librado a posibilidades de resolución por grupo familiar.

El cuarto factor es el género en su accionar como ordenador simbólico (Serret, 2001), es decir en tanto “el género” (en su versión dicotómica masculino y femenino) es utilizado como categoría para la clasificación y adscripción de comportamientos, espacios, esferas, tareas, formas de ser, “instintos”, y muchísimos etcéteras, que quedan así inscriptos en unos “géneros” constituidos en vínculo lineal con los sexos biológicos. Los roles socialmente atribuidos a lo masculino y a lo femenino conforman un mandato de género sumamente poderoso que distribuye asimétricamente la división social del trabajo entre reproductivo y productivo, entre esfera laboral y doméstica, o entre público y privado, como esencialidades del “ser femenino” o “masculino”. “El género” emerge como si “explicara” las movilidades diferenciales, las asimetrías y las distintas centralidades

9. El curso de vida familiar es una noción que permite nombrar a la unidad familiar inmersa en un proceso de desarrollo que articula trabajo reproductivo y productivo. En este sentido las familias pueden pasar por diferentes etapas. Por ejemplo, pareja sin hijos – pareja con hijos pequeños – pareja con hijos grandes – pareja con hijos fuera de la casa.

de las interdependencias, obturando en ese camino interpretativo el efecto de poder de su existencia como ordenador simbólico y provocando una tautología explicativa. Lo contrario sería proponer que “el género no explica” sino que su utilización permite comprender qué es y cómo opera su fuerza simbólica (Lamas, 2000), en nuestro caso para la organización y los sentidos de la experiencia metropolitana en general, y las movi­lidades cotidianas en particular.

Finalmente, para cerrar el artículo restan unas palabras sobre la idea de interde­pendencias múltiples que sirve de título y hemos utilizado a lo largo del mismo. Con ello queremos remarcar, aunque parezca redundante porque el término interdependencias incluye relaciones entre por lo menos dos partes, que además las personas participan de varias de estas relaciones de interdependencia a la vez: con los medios de transporte, con las otras personas en la familia, con el contexto social económico y político, con el Estado, con el mercado, entre el trabajo reproductivo y el productivo entre otras, en definitiva como inmerso en un sistema de relaciones sociales (de poder). En los casos estudiados, y retomando una discusión prometida en secciones previas, las dicotomías inmovilidad de lo doméstico y movilidad de lo no doméstico, e independencia de estos dominios no resiste cuando seguimos a las personas en sus movi­lidades cotidianas. Ahondar en la discusión entre las fronteras fijas de un dominio y otro, tanto en térmi­nos de movilidad para lo público e inmovilidad para lo doméstico, como en la forma que muchas veces se han pensado en su funcionamiento independiente es una tarea a continuar. Hace ya tiempo, desde la década del 70 en los estudios de curso de vida y en los abordajes feministas y particularmente en los estudios urbanos con enfoque de género, que se plantea la necesidad de trabajar sobre las interdependencias, no solo entre miembros de una familia, u otras redes de relaciones sociales, sino también entre el trabajo productivo y reproductivo (Del Valle, 1997) entendiendo la ciudad como un lugar donde ocurre la reproducción social (Del Re, 2015) –que incluye sus transformaciones-.

Bibliografía

- » BENZA, Gabriela (2016) La estructura de clases argentina durante la década 2003-2013, en Gabriel Kessler (Comp.) *La sociedad argentina hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI/Fundación OSDE.
- » CICCOLELA, Pablo (2011) *Metrópolis latinoamericanas: más allá de la globalización*. Quito, OLACHI.
- » CONWAY, Jill, Bourque, Susan y Scott, Joan (2013) El concepto de género. En: Lamas, M. (2000) *El Género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG-Miguel Angel Porrúa.
- » CRESSWELL, Tim and Merriman, Peter (Eds.) (2011) *Geographies of Mobilities: Practices, Spaces, Subjects*. Ashgate.
- » CRESSWELL, Tim (2010) Towards a Politics of Mobility. *Environment and Planning D: Society and Space*, 28(1): 17–31.
- » DA MATTA, Roberto (1997) *A Casa & A Rua*. Río de Janeiro, Rocco.
- » De Certeau, Michel (2000) *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- » DEL RE, Alisa (2015) Collective Spaces. *Viewpoint Magazine* November 2, Issue 5: Social Reproduction.
- » DEL VALLE, Teresa (2000) La organización del tiempo y del espacio: análisis feminista de la ciudad. *Zainak*, N° 19.
- » DEL VALLE, Teresa (1997) *Andamios para una nueva ciudad: Lecturas desde la antropología*. Madrid: Cátedra.
- » DELGADO, Manuel (2007) *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona, Anagrama.
- » ELDER, Glen (1998) The life course as developmental theory. *Child Development*, 69:1, 1-12.
- » ELDER G.H., Kirkpatrick Johnson M., CROSNOE R., (2003) The emergence and development of life course theory. In MORTIMER J.T., SHANAHAN M.J. (Eds.), *Handbook of the life course*, New York, Kluwer, 3-19. Traducción Tignino, Ma. Victoria. Documentos de cátedra 24. Cátedra Metodología y técnicas de la Investigación Social. Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- » ELIAS, Norbert (2008) *Sociología Fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- » ESQUIVEL, Valeria; Eleonor FAUR and Elizabeth JELIN (2012) *Las lógicas del cuidado infantil: entre las familias, el Estado y el mercado*. IDES-UNICEF-UNFPA. Buenos Aires.: Nueva Trilce.
- » GARCÍA, Brígida y DE OLIVEIRA, Orlandina (1994) *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: El Colegio de México.
- » GUTIÉRREZ, Andrea (2009) “La movilidad de la metrópolis desigual: el viaje a la salud pública y gratuita en la periferia de Buenos Aires”. Ponencia presentada en el XII Encuentro de Geógrafos de América Latina. Montevideo.
- » GUTIÉRREZ, Andrea (2012) ¿Qué es la movilidad? Elementos para (re) construir las definiciones básicas del campo del transporte. *Bitácora*, N° 21, Vol. 2, pp. 61-74.

- » GUTIÉRREZ, Andrea y KRALICH, Susana (2011) Presentación dossier: De movilidades e inmovilidades urbanas. *Revista Transporte y Territorio* Nº 4, Universidad de Buenos Aires. pp. 1 a 9.
- » HAREVEN, Tamara (1995) Historia de la familia y la complejidad del cambio social. *Revista de Demografía Histórica*, Vol. 13, Nº 1, pp. 99-150.
- » HUTCHISON, Elizabeth (2010) *Dimensions of Human Behavior: The Changing Life Course*. ThousandOaks, SAGE.
- » INDEC (2014) Encuesta sobre trabajo no remunerado y uso del tiempo. Acceso 20/4/2016 www.indec.mecon.ar/uploads/informesdeprensa/tnr_07_14.pdf.
- » JIRÓN, Paola (2009) “Prácticas de Movilidad Cotidiana Urbana: Un Análisis para Revelar Desigualdades en la Ciudad”, En M. Tironi & F. Pérez. *Espacios, Prácticas y Cultura Urbana* (pp. 176-189) Santiago de Chile: ARQ_Ediciones, Escuela de Arquitectura.
- » JIRÓN, Paola y MANSILLA Pablo (2013) Atravesando la espesura de la ciudad: vida cotidiana y barreras de accesibilidad de los habitantes de la periferia urbana de Santiago de Chile. *Revista de Geografía Norte Grande* (56), 53-74.
- » JIRÓN, Paola y MANSILLA, Pablo (2014) Las consecuencias del urbanismo fragmentador en la vida cotidiana de habitantes de la ciudad de Santiago. *Revista EURE* 40(121) 5-28.
- » JIRÓN, Paola, LANGE, Carlos y BERTRAND, María (2010) Exclusión y desigualdad espacial: Retrato desde la movilidad cotidiana. *Revista INVI*, Vol. 25, Nº 68, 15-57.
- » LAMAS, Marta (2000) *El Género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- » PIGLIA, Ricardo (2014) Modos de narrar. En: *Antología personal*. Buenos Aires: FCE.
- » SCOTT, Joan Wallach (1985) El género: una categoría útil para el análisis histórico. *Historical review*, 91, 1053-1075.
- » SEGURA, Ramiro (2014) Ciudad, cuerpo y movimiento. Elementos para una antropología de la movilidad urbana, en Ezequiel Cambor, Gerardo Fittipaldi, Néstor Hernández, Ayelén Mele, Osvaldo Ron y Martín Uro (Coord.) *Prácticas de la Educación Física*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- » SEGURA, Ramiro (2015) *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires, UNSAM Edita.
- » SENNET, Richard (1997) *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid, Alianza.
- » SERRET, Estela (2001) *El género y lo simbólico: La constitución imaginaria de la identidad femenina*. Azcapotzalco, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- » SHELLER Mimi, URRY, John (2006) The New Mobilities Paradigm, *Environment and Planning A*, 38: 207-26.
- » TIGNINO, María Valeria (2007) Documento de Cátedra 24: Traducción resumida del inglés al español. ELDER, Glen H. Jr.; KIRKPATRICK Jonson, Monica y CROSNOE, Robert (2003) The emergence and Development of Life Course Theory en JEYLAN T. Mortimer y Michael J. SHANAHAN (eds.) *Handbook of the Life Course*. Nueva York: Kluwer Academic/ Plenum Publishers.

- » URRY, John (2007) *Mobilities*. Cambridge: Polity Press.
- » VECSLIR, Lorena y CICOLELLA, Pablo (2012) Editorial: Transformaciones territoriales recientes y reestructuración metropolitana en Buenos Aires. *Revista Iberoamericana de Urbanismo*, (8), 1-7.
- » WILLIAMS, Raymond (1997) *Marxismo y Literatura*. Barcelona, Península.

Mariana Chaves / havesmarian@gmail.com

Licenciada en Antropología (UNLP) y Doctora en Ciencias Naturales (UNLP). Investigadora independiente CONICET. Profesora titular en UNLP. Profesora posgrado UNLP, UNTREF y UNSL. Sus temas de trabajo versan sobre juventudes, ciudad, cultura y educación. Autora del libro *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*, Espacio, 2010 y coautora de *Experiencias juveniles de la desigualdad*, Grupo Editor Universitario, 2016.

Ramiro Segura / segura.ramiro@gmail.com

Licenciado en Antropología (UNLP) y Doctor en Ciencias Sociales (UNGS-IDES) y Postdoctorado en la FU de Berlín. Investigador adjunto CONICET. Profesor titular UNLP y UNSAM. Profesor posgrado UNLP. Su investigación se centra en el campo de los estudios urbanos. Autor del libro *Vivir afuera: antropología de la experiencia urbana*, UNSAM, 2015; y coautor de *Segregación y diferencia en la ciudad*, FLACSO Ecuador, 2013.

Mariana Speroni / mariana.speroni@gmail.com

Licenciada en Comunicación Social (UNLP) y Magister en Estética y Teoría de las Artes (UNLP). Doctoranda en FBA, UNLP. Jefa de trabajos prácticos UNLP. Autora del libro *Nadie vibrará su desconsuelo. La tierra y el agua como sustituciones de la Argentina post dictadura militar*, EDULP, 2009.

Josefina Cingolani / cingolanijosefina@gmail.com

Licenciada en Sociología (UNLP) y doctoranda en Ciencias Sociales (FAHCE- UNLP). Becaria del CONICET. Ayudante diplomada UNLP. Autora en el libro *Hacerse un lugar. Prácticas, circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Biblos, 2015.